

SHANGHAI



EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

125
PTS.

LORETA YOUNG



SHANGHAI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbará, 16; Barcelona - Caños, 3; Madrid

EDITORIAL
ALAS

Publicación semanal

Año XIII

Núm. 253

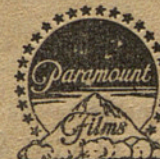
Reservados los derechos de
producción y reproducción

SHANGHAI

Por qué dos seres de razas distintas no deben amarse? Qué ley natural les impide que en sus corazones florezca una verdadera pasión y quien es la sociedad, con sus prejuicios para impedirlo? Y en «Shanghai» se nos presenta este doloroso drama, el de dos corazones que nos hacen sentir toda la emoción de esa impotencia para poder vivir la dicha de la que son acreedores y de la cual la sociedad moderna intenta destruir

IMPRESA COMERCIAL - Valencia, 234 - Tel. 70657 - BARCELONA

Producción
de la invicta
marca



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Bárbara Howard . . .	LORETA YOUNG
Dimitri Koslov . . .	CHARLES BOYER
Lun Sing . . .	WARNER OLAND
Tonny . . .	Fred Keating
Constance . . .	Alison Skipovort
Hijo de Lun Sing . . .	Keye Luke

Dirección

A. TULOBOFF

Guión cine-
matográfico
de

GENE TORNE

Narración en forma de novela de
MANUEL NIETO GALÁN

SHANGHAI

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

LA ENTRADA EN LA CIUDAD COSMOPOLITA

SOBRE la cubierta del buque, Bárbara Howard contemplaba la ciudad de Shanghai, que aparecía a lo lejos medio oculta entre la bruma del amanecer. Una lluvia persistente y fría azotaba el lindo rostro de la viajera, quien, a pesar de ello, no se apartaba de aquel lugar, en muda contemplación de todo cuanto alrededor del navío ocurría.

Bárbara Howard, a los veinte años de edad, huérfana de una rica familia, cuya herencia había disipado en lujos extraordinarios, acudía a Shanghai llamada por una tía suya, que según telegrama que obraba en poder de la

joven, se hallaba gravemente enferma. Durante la travesía de América a Shanghai, la belleza exquisita de Bárbara había dado lugar a que muchos de los viajeros se sintieran atraídos por ella y formaran en rededor de la joven una corte de galanteadores, para quienes la joven tuvo siempre palabras amables y negativas promesas.

Bárbara Howard no había conocido el amor, mejor dicho, no había tenido tiempo de conocerlo. Su espíritu inquieto no se había detenido nunca a analizar las características de este sentimiento y se había entregado de lleno a los deportes, a las reuniones alegres, al logro de sus caprichos,

que eran verdaderas excentricidades y a llamar la atención de los reporteros con extravagancias de niña millonaria, que no se da cuenta de que sus depósitos en los bancos van extinguiéndose rápidamente.

Cuando Bárbara Howard se enteró que no tenía dinero, que había quedado completamente arruinada, entre sus albaceas y su vida, fué cuando recibió el telegrama de su tía y, sin pensarlo un momento, dejándose influenciar por su primer ímpetu, embarcó en el primer barco que partía y se dirigió hacia Shanghai, hacia aquella ciudad de la que tanto había oído, aun cuando jamás sintiera grandes deseos de conocerla.

Mas a pesar de su extrema frivolidad, Bárbara era en aquellos momentos una mujercita juiciosa y hasta analizadora de cuanto veía en aquellos instantes. Acodada sobre la barandilla del barco y a medida que la luz del día se hacía más fuerte, iba contemplando todo aquel mundo nuevo para ella, todas aquellas cosas que jamás había visto y que una vez contempladas difícilmente se pueden olvidar del pensamiento del observador. El barco iba remontando el río Azul, tan cau-

daloso, que en sus orillas no se sabe dónde termina la tierra y empieza el río. Miles de «sampanes» (típicas embarcaciones del país) se hallaban amarradas a una y otra orilla sirviendo de viviendas a las familias que las tripulaban, mientras otras pesadamente se iban dirigiendo a los puertos situados en pleno corazón de China.

En el interior de estas embarcaciones mujeres, hombres y niños corrían por dicha ribera adicional y movediza, saltando de un barco a otro. De cuando en cuando, un griterío inmenso atronaba el espacio y un hedor nauseabundo de cocina disparata molestaba a la joven, que recurría a su pañuelo perfumado para privarse de aquel olor.

Majestuosamente, salvando los obstáculos que le ofrecían las embarcaciones que cruzaban o remontaban el río, el vapor donde iba Bárbara Howard ascendía el curso del caudaloso río para ir acercándose a Shanghai, el mayor puerto de exportación e importación del antiguo imperio Chino. Además Shanghai ofrece una particularidad sobre las otras ciudades, la una, la vieja, gobernada exclusivamente por Pekín, y la otra, la Shanghai de

los placeres, se compone de extensos distritos que los blancos gobiernan a su gusto. Este es el verdadero Shanghai de los negocios, dirigido por los cónsules de todos los países, entre los cuales predominan la influencia de Inglaterra y los Estados Unidos. Son muchos los chinos, quizás sobrepasen la cifra de 100.000, los que se han instalado en esta nueva ciudad para librarse de las arbitrariedades de sus mandarines y se dedican la mayoría de ellos al negocio de la seda, que es exportada en grandes cantidades a Lyon, ciudad que adquiere de la China las primeras materias de su principal industria fabril.

Antes de que el barco llegue al puerto, a tres o cuatro metros de distancia, una verdadera muchedumbre de hombres medio desnudos se arrojan sobre el navío, dando la impresión de lo que debería ser antiguamente un abordaje de piratas. Muchos de ellos caen al agua, pero el chino es un ser ágil que sabe evitar los peligros con gran facilidad y pronto aparecen a la superficie del agua agarrándose a las escalerillas del navío, para subir a él.

Todos ellos solicitan ser los portadores de los equipajes, des-

de el interior del buque hasta la Aduana, por la que ha de pasar todo pasajero y luchan entre sí para ver cuál de ellos es el que ha de tener la fortuna de ser el cargador de los bultos.

Para otra mujer que no tuviera el temperamento de Bárbara, aquella invasión de rostros amarillos, hubiera dado lugar a algún temor, sin embargo ella los miraba curiosamente sin darle la menor importancia. Ni por un solo instante había abandonado su lugar de observación, aun cuando la lluvia de la madrugada se había hecho más fuerte.

Había atracado ya el barco al muelle, cuando el capitán se acercó a la joven, con quien había trabado amistad durante el viaje y le dijo:

—Ya estamos en Shanghai, miss Howard, ya estamos en la ciudad llena de misterios y sorpresas. Todo lo tiene usted preparado para que no tenga ninguna dificultad en la Aduana.

—Gracias, capitán —respondió la joven sonriendo deliciosamente—. Ha sido usted muy bondadoso conmigo durante todo el viaje.

—Deseo que halle mejor a su tía—terminó diciéndole el capitán, alejándose de ella, para vi-

gilar las maniobras de los marinos.

Minutos después, miss Howard descendía por la plataforma que unía al buque con la tierra y unos cuantos reporteros que se habían enterado de la llegada de la excéntrica joven corrieron a su encuentro, deseosos de encontrar algo con que llenar sus «Notas de Sociedad».

Bárbara tuvo que luchar materialmente con ellos, dándoles a entender que no era la que buscaban, y les dijo para que la dejaran tranquila.

—Mi nombre es Thompson, una buena mujer que viene a Shanghai a ser mala.

Aquella respuesta llegó a convencer a los periodistas que la abandonaron, creyendo que no merecía la pena seguir entrevistándola y de esta forma pudo Bárbara dedicarse a que la despacharan en la Aduana.

Al salir de la Aduana, nuevamente comenzaron los gritos de los conductores de «rickshaw», ligeros cochecillos tirados por hombres, casi todos los cuales están explotados por un negociante sin conciencia que a cambio de un mínimo sueldo, les hacen rendir un máximo esfuerzo.

Todos gritaban apoderándose

de los baúles o maletas de los viajeros que llegaban y a Bárbara le llamó la atención la presencia de uno de aquellos hombres. Sus facciones eran europeas, aun cuando fijándose bien conservaban ciertos rasgos característicos de la raza asiática, pero tan débiles, que era imposible distinguirlos a simple vista. Lo que no podía negar por su estatura y por su rostro, es que era ruso. Se advertía en él inmediatamente esta nacionalidad y el que estuviera empleado como verdadero indígena llamó poderosamente la atención de Bárbara. Además, sobre su pecho, el cual se veía por el descote de su camisa, ostentaba una cruz militar la cual pendía de una finísima cadena.

Sucedíanse los empujones, los gritos, las demandas y en uno de aquellos violentos embates el conductor que tanto había llamado la atención de Bárbara cayó al suelo y la joven vió en tierra la cruz que llevaba, sin que él se diera cuenta. Con un movimiento instintivo puso el pie sobre aquel objeto y cuando los gritos fueron disminuyendo y la atmósfera se hizo más clara, recogió la cruz y la guardó en su monedero, sin idea fija de lo que pensaba hacer con ella.

En aquel instante se le acercó un chófer a Bárbara y le dijo:

—¿Es usted miss Howard?

—Sí—respondió ella.

—El coche espera entonces... Soy el chófer de mister Sherveed.

Bárbara le siguió inmediatamente, después de haberle entregado sus maletas, y una vez dentro del coche se encontró con Tonny Sherveed, su amigo de la infancia y que al parecer seguía siendo tan bala perdida como siempre. Se advertían en él los síntomas de una noche sin haber dormido y Bárbara, después de saludarlo y acomodarse en el coche, le dijo riendo:

—No has cambiado nada, Tonny. Te encuentro tal y como te dejé en París.

El muchacho se encogió de hombros sin darle importancia a la apreciación de su amiga, y ésta le preguntó inmediatamente:

—¿Cómo está mi tía Constan-
ce? Recibí un cablegrama en Nueva York en el que me decían que mi tía se estaba muriendo. Lo firmabas tú.

—Yo no—respondió el joven—. Sería otro Tonny. Yo soy incapaz de hacer eso. Son bromas que no me gustan.

Bárbara se le quedó mirando

extrañada de aquella contestación y le preguntó:

—¿Acaso quieres decirme que mi tía no está enferma?

Tonny se echó a reír al ver la cara de disgusto de su joven amiga y le dijo:

—No te enfades por eso, Bárbara.

No era ella mujer que tomara en serio nada y menos una broma de aquel género, que después de todo a quien iba a costarle cara era a su tía, ya que tenía el decidido propósito de regresar tan pronto como le fuera posible. Nunca habían estado muy conformes ella y su tía Constan-
ce y éste era uno de los principales motivos que la inducían a volver otra vez a América. Por esta razón, ante el comentario de su amigo, respondió displicentemente:

—¡Qué voy a enfadarme! Pero me la pagará mi tía.

—No seas así—le dijo él recon-
viniéndola amigablemente—. Ya sabes que tu tía, después de todo, te quiere.

—Y yo a ella... Son nuestros caracteres los que no se quieren avenir.

—Lo único que tu tía desea es que seas feliz. Por eso quiere que te cases conmigo.

Bárbara miró a su amigo, primeramente extrañada y después sin poder contener la risa soltó una carcajada, al mismo tiempo que decía:

—Pues vaya una felicidad que me reserva mi tía.

Y mientras que ellos se dirigían hacia la casa de la tía de Bárbara, el conductor del «rickshaw», que tanto había llamado la atención de la joven, se presentaba a su patrón y le hacía entrega de la recaudación de aquella mañana que ascendía a la pequeña suma de veinte centavos.

El patrón le miró indignado por la cantidad que le entregaba y exclamó:

—¡Lluvia toda la mañana y solamente me traes veinte centavos! ¡No me sirves!... ¡Vete!

—¿Vuelvo mañana? —preguntó humildemente el conductor.

—¡Ni mañana ni nunca! —exclamó el patrón—. Puedes hacer de chófer, si quieres.

Y el conductor, cabizbajo por el empleo que perdía se alejó de la casa, pensando en lo difícil que se hacía su situación.

DIMITRI KOSLOW

Dimitri Koslow, el conductor que acababa de ser despedido, era un hombre que representaba tener cerca de treinta años. Su estatura lo diferenciaba del resto de los chinos que suelen ser, por regla general, pequeños y sus facciones correctas, así como sus ademanes demostraban en él a un ser superior a todos aquellos otros que se dedicaban a su mismo oficio.

Bastaba inspeccionarlo unos breves momentos para sacar la conclusión de que Dimitri Koslow había sido antes de aquellos días una persona educada, había vivido en un ambiente superior y que tal vez los embates del Destino le habían arrojado a la miseria en que hoy vivía.

Y así era en efecto, Dimitri Koslow fué en otro tiempo oficial del ejército del Zar. Su padre fué uno de los principales jefes del ejército imperial, y al estallar la revolución tuvo que emigrar de su país y buscarse la vida en aquel lugar, lo mismo que otros muchos compatriotas suyos. Durante mucho tiempo el padre de Dimitri mantuvo la ilusión de que llegaría un día que podría regresar nuevamente a su patria y ser lo que había sido antes de la expulsión, pero el tiempo pasaba penosamente, sin que el momento tan deseado volviese. Hombre de un extraordinario amor propio jamás quiso recurrir a las amistades que había hecho durante su vida de esplen-

dor y prefirió mantener oculta su pobreza, trabajando en cualquier menester, antes que solicitar la protección de nadie.

Dimitri Koslow no quiso jamás quitarle aquella ilusión y se sometió a los deseos paternos trabajando donde podía con tal de que a su padre no le faltase en los últimos días de su vida lo más indispensable.

Vivían en comunidad con otros rusos deportados, antiguos jefes del ejército, nobles, financieros, aristócratas, todos ellos arrojados de Rusia y no había uno que no admirase el heroísmo con que el joven Dimitri soportaba la vida de sufrimientos que llevaba.

Cuando salió de casa de su patrón, Dimitri se dirigió a su casa donde se cambió de ropa, y fué entonces cuando se dió cuenta de que había perdido la cruz que llevaba pendiente del pecho. Era aquella una condecoración otorgada por el emperador y Dimitri la buscó afanosamente por todas las prendas que llevaba hasta que finalmente se dió por vencido de haberla perdido en la calle. Cuando terminó de cambiarse de ropa se fué a la habitación inmediata donde estaban sus compatriotas reunidos y preguntó:

—¿Dónde está mi padre?

—Ha tenido otro ataque—respondió el más viejo de ellos.

Dimitri entró rápidamente a donde estaba su padre y se encontró con que éste había ya muerto. Quedó unos minutos contemplando al ser a quien tanto había amado y al fin, el viejo que le había acompañado le abrazó paternalmente diciéndole:

—Lo siento de veras, Dimitri.

—Todo se acabó—replicó con tristeza Dimitri. Mas había en su mirada algo extraordinario que obligó a su amigo a preguntarle:

—¿Qué quieres decir?

Dimitri, antes de contestar, se secó las lágrimas que habían humedecido sus ojos y respondió:

—Mi padre, a quien yo quería entrañablemente, deseaba volver un día a su adorada Rusia y yo le alentaba en esa ilusión... Muerto él, soy libre. Mi patria ahora será la que me ofrezca mayores probabilidades... No más sentimentalismos... En adelante dedicaré mi vida a una causa... ¡La mía! Mi padre tenía esperanzas de un cambio de régimen en Rusia y así íbamos de un sitio a otro como parias... Ahora ya nada me importa más que mi propia vida... Sabré luchar para obtenerla.

Mas aquellos momentos que

eran de una verdadera protesta hacia el Destino, que tan implacablemente los había tratado, pasaron, y Dimitri se sumió nuevamente en el dolor que le causaba la muerte de aquel ser tan querido.

Y mientras tanto, en la suntuosa mansión de la tía de Bárbara aquella llamaba con insistencia a su criada negra que se había traído de América y le preguntó malhumorada cuando se presentó:

—¿No me oyes, Corona?

—Esperaba ver si llegaba mi bebé.

El bebé de Corona era Bárbara. La había criado desde niña y sentía por ella una verdadera pasión.

La tía de Bárbara hizo un gesto de disgusto y le preguntó:

—¿Dónde está el cocktail?

—Hace cuatro minutos que estaba en la cocktelera.

—¡No digas mentiras!—exclamó la tía de Bárbara que no quería que dijese nunca que ella bebía—. Yo no he tomado más que uno pequeñito.

La criada, acostumbrada a aquel capricho de su ama, no quiso discutir con ella y respondió:

—Entonces es que se habrá evaporado.

En aquel momento hizo su entrada Bárbara, y al ver a la negra, se acordó del cariño que siempre la había profesado y, sin fijarse en su tía, exclamó alegremente abriéndole los brazos:

—¡Corona! ¡Ven acá!

La negra corrió a abrazarla mientras le decía emocionada.

—¡Bebé mío! ¡Qué gusto verla, después de tanto tiempo!

—¡Y yo a ti!—le dijo Bárbara, mientras que su tía la miraba malhumorada, al ver que no la hacía caso.

—¡Creía que no llegaría nunca!—volvió a decirle la negra, al mismo tiempo que iba recibiendo el equipaje de Bárbara.

Consta, que hasta entonces había podido contenerse, al fin no pudo menos que llamar la atención de su sobrina diciéndole:

—¿No me ves a mí?

Bárbara, antes de responder a su tía, le ordenó a la criada:

—Prepárame el baño—y volviéndose a su tía se acordó de la broma que le había gastado, y le dijo:—No te perdono lo que has hecho conmigo.

La tía la miró cariñosamente, y al fin, quiso disculpar la broma que le había gastado, diciéndole:

—Yo quiero tenerte a mi lado, quiero que estés conmigo.

—¿Para qué?—preguntó Bárbara.

—Para que no hagas más el ridículo.

—¿Que yo hago el ridículo? ¿Por qué dices eso?—preguntó Bárbara extrañada.

—¿Crees que no sé nada de tu vida?—le dijo su tía—. Leo los periódicos y me entero de todo lo que haces...

Y remedando una voz extraña comenzó a decirle todo lo que de ella decían:

—«Bárbara Howard fuma cigarrillos con boquilla de plata en traje de baño... Bárbara Howard recomienda algo cuando lee el periódico...» Y así siempre sabiendo todos lo que es tu vida.

—Prueba de que no hay en ella nada malo—le dijo Bárbara.

—¿Y de qué vives ahora?—le preguntó su tía.

—Pienso ganarme la vida por mí misma—le respondió Bárbara—. Hay muchas muchachas que hacen lo mismo, ¿por qué no he de hacerlo?

Su tía la miró extrañada. Nunca hubiera sospechado aquellas ideas en su sobrina, acostumbrada a mandar y no a obedecer, y por fin le dijo como recriminán-

dole que tuviera aquellos pensamientos:

—¿No tengo yo dinero de sobras?

La joven se encogió de hombros, como dándole a entender que la fortuna de su tía no le interesaba, y al fin se lo declaró, diciéndole:

—No lo quiero.

Su tía la abrazó. Comprendía que jamás doblegaría aquel carácter y le preguntó zalamera:

—¿No podrías quererme a mí? Piensa que soy vieja y no tengo más sobrina en el mundo que tú... Tú eres mi única familia.

—Ya sabes que no me conmueves, tía—le dijo la joven.

—Entonces ¿qué piensas hacer?

—Tomar el primer vapor que salga de aquí.

Su tía, ante aquella decisión, no supo contenerse y le dijo indignada:

—Adiós, y buen viaje.

—Ya ol ves—continuó explicándole Bárbara—. Por hacerte caso a ti he gastado el último dinero que tenía... Ahora necesito mil dólares para marcharme.

—¿Y piensas que te los dé yo?—le preguntó irónicamente su tía.

—Claro que sí.

Constance se echó a reír y exclamó:

—Bromas no, Bárbara... Yo no te daré nada.

—Está bien—exclamó ella—. Ya sabré yo encontrarlos... Desde ahora en adelante seré completamente independiente... Me haré cargo de que no eres tía mía.

Pero Constance ya no pudo oír estas últimas palabras porque había salido del cuarto de baño, a donde había seguido a su sobrina y ésta en vista de que, por fin, la dejaba sola se sumergió en la tibieza del agua sintiendo la caricia adormecedora del baño.

Al día siguiente de la muerte del padre de Dimitri, éste había decidido cambiar su vida. Reconociase a sí mismo méritos para desempeñar un papel en la sociedad de más categoría del que hasta entonces había ejercido en Shanghai. Hasta entonces, por respeto y cariño a su padre no había protestado, pero había llegado el momento de poner en juego las viejas amistades paternas y no dudó un instante en ir en busca de un alto personaje diplomático japonés llamado Lun Sing. Sabía que este hombre había sido amigo íntimo de sus padres y que en él encontraría

un verdadero protector. Además, éste era el único hombre que conocía en Shanghai su vida anterior, toda la historia paterna y su origen y que él no le negaría su apoyo en aquellas circunstancias.

Con tal decisión se presentó en el palacio que ocupaba el diplomático e inmediatamente fué introducido en presencia de ésta. Con las mayores muestras de cariño, Lun Sing le preguntó por su familia y Dimitri le dio cuenta de cómo había muerto su padre diciéndole al final:

—Hemos recorrido como parias por todas partes y ahora quiero dedicarme a mi causa, a mi propia vida.

Lun Sing quedó un momento pensativo ante las palabras del joven y al fin exclamó melancólicamente:

—Me admira cómo no os mataron en Rusia.

—Poco faltó para ello—respondió Dimitri, recordando aquellos días de persecución y de sufrimientos.

—¿Y cuándo llegasteis aquí?

—Hace dos meses.

—¿Y por qué no viniste a verme antes?

—Mi padre tenía más amor propio que yo, excelencia. Mien-

tras vivió respeté su ilusión... Ahora soy libre.

Lung Sing, como buen japonés antes de responder a su visitante guardó unos segundos de silencio recordando las máximas de sus sabios antepasados y al fin le dijo:

—En el mundo hallarás poca justicia y ninguna piedad, Dimitri... Si quieres que los demás te traten como tú a ellos, obligales por el temor...

En aquel instante se oyeron pasos en la puerta y Lun Sing guardó silencio para esperar a que entrara el que llegaba. Segundos después apareció en la puerta un muchacho de unos veinticinco años. Vestía elegantemente a la europea, aun cuando sus facciones denotaban claramente su procedencia asiática. Lun Sing, al verlo, sonrió con satisfacción y se lo presentó a Dimitri diciéndole:

—Es mi hijo—y dirigiéndose a éste hizo la presentación de Dimitri diciéndole—: El capitán Koslow... Su padre fué gran amigo mío. Cuando representé a mi país en San Petersburgo establecimos una firme amistad. Será para mí una felicidad el poder corresponder a la generosidad de tu padre.

Lun Sing, a medida que hablaba, miraba fijamente al capitán como si quisiera descubrir en su rostro algunos rasgos que le recordasen a cierta persona, aun cuando estaba seguro de que ni el mismo capitán Koslow podía nunca adivinar lo que él buscaba.

Su excelencia, siguió luego hablando en el mismo tono cariñoso, y le dijo:

—Mi hijo es vicepresidente del Banco Oriental Internacional. Tu preparación, tus conocimientos de idiomas y tus cualidades podrán serle muy útiles. Él se encargará de que consigas un buen empleo allí. Confío en ti y estoy seguro de que sabrás responder a la confianza que en ti deposito.

—Muy agradecido, señor—respondió Dimitri conmovido por el interés que el diplomático se tomaba por él.

Lun Sing, como si no hubiese oído las frases de agradecimiento de Dimitri, se volvió hacia su hijo y le dijo:

—El capitán Koslow irá mañana a tu oficina.

—Lo esperaré con verdadero deseo—respondió el hijo del diplomático, haciendo uso de esa extremada cortesía que distingue siempre a los hombres del Japón y China.

Dimitri, se levantó para marcharse y nuevamente hizo presente su agradecimiento a Lun Sing por aquel interés que demostraba por él y el diplomático solamente le dijo como respuesta:

—Tengo la obligación de protegerte porque tú eres el hijo... de un gran amigo mío. Tal vez en otra ocasión le hubiera extrañado a Dimitri la intención con que habían sido dichas aquellas palabras, mas en su estado actual no le dió más importancia que las que dentro de sí tenían, sin

poder adivinar cuál era el verdadero secreto que encerraban y que el diplomático estuvo a punto de dejar escapar.

Satisfecho por haber encontrado un medio donde poder desarrollar su inteligencia y la instrucción adquirida de niño, Dimitri se dirigió a su casa, a aquella en que vivían sus compatriotas, para despedirse de ellos y buscar un nuevo albergue más en consonancia con el puesto que desde el día siguiente debería ocupar en el Banco.

EL SECRETO DE LUN SING

Cuando Lun Sing quedó solo, después de haberse marchado su hijo, permaneció pensativo largo rato, haciendo desfilar por su mente algunos años de su vida, durante los cuales había durado su gran amistad con el padre de Dimitri. La inesperada presencia de aquel muchacho había traído a su mente recuerdos que parecían dormidos y que con su presencia volvían a adquirir vida otra vez.

Eran los años en que el emperador todavía reinaba en Rusia. Él había ido con una misión diplomática a la capital del Imperio, acompañado de su familia. Iba con él su hermana, de origen manchú como el suyo y de

estirpe real como la suya. La familia Lun Sing pertenecía a la realeza manchú y durante siglos enteros jamás se vió empañada por la más leve sombra del dolor. Vivían felices y la vida se les presentaba como un paraíso de cuyas delicias podían disfrutar.

El padre de Dimitri era entonces joven, apuesto y tenía un cargo principalísimo dentro de la Corte. Esto dió lugar a que le conociera Lun Sing y a que trabara con él una verdadera amistad, de esas que no se olvidan jamás con los años.

La princesa, su hermana, era una joven de exquisita belleza, de una belleza soñadora, llena

de espiritualidad y esta belleza no pasó desapercibida para el padre de Dimitri, quien desde los primeros días se sintió atraído por ella, hasta llegar a enamorarse perdidamente.

Aquellos amores que parecían imposibles por la diferencia de razas fueron arraigando en el corazón de los dos jóvenes, hasta que un día, con la nobleza característica en el padre de Dimitri, le hizo la confesión a Lun Sing, que le respondió:

—Eres un gran amigo mío, tu confesión me honra por haberte dignado poner tus ojos en mi humilde hermana, pero siento que haya sucedido así... ¿Ella te ama?

—Estoy seguro que sí—respondió el militar.

—¿Te lo ha confesado?

—Sí—volvió a decirle el padre de Dimitri—. Le he hablado de mi amor y me ha correspondido a él.

—Lo siento—volvió a decirle el diplomático. Y como viera la cara de extrañeza del padre de Dimitri, siguió diciéndole—: No creas que es porque te crea indigno de ella, sino porque preveo que nunca llegaríais a ser felices.

—¿Por qué?

—Porque no sois de la misma raza. Hay algo que os separa, sin que vosotros podáis evitarlo. Es algo superior a vuestras propias voluntades contra lo cual no podréis luchar.

El padre de Dimitri sonrió ante aquellas palabras, achacándolas a viejos principios que ya habían desaparecido. Para el amor no creía que hubiera distinciones de razas ni de pueblos. El amor era grande como el mismo mundo y no conocía de fronteras ni de distinciones. El amor no era más que eso, amor; y esto era lo que él sentía por la princesa.

Aun intentó el diplomático persuadir a su amigo de que era una locura aquel proyectado enlace, pero el amor del padre de Dimitri era superior a todo consejo ni razonamiento y el diplomático terminó diciéndole:

—Eres un hombre digno, un caballero y mi apellido será honrado uniéndose al tuyo.

Con aquellas palabras le dió a entender de que no se opondría a la boda y de que hablaría con su hermana aquel mismo día, al mismo tiempo que él lo haría con el Zar.

Su hermana le hizo la misma confesión que le había hecho el militar. Le amaba y estaba dis-

puesta si su hermano no se oponía a ser su esposa. No creía como él en la diferencia de razas y estaba segura de que la felicidad de su vida estaba al lado de aquel hombre a quien tanto amaba y había sabido hacerse amar.

Por su parte el Zar no opuso tampoco ningún inconveniente a la boda, ya que se trataba de una princesa y el casamiento se realizó con los mayores augurios de felicidad y dicha.

Durante todo el tiempo que duró el matrimonio, Lun Sing pudo observar la conducta ejemplarísima de su cuñado. Caballero correcto, siempre trató a su hermana con el máximo cariño y respeto. No cabía duda que la felicidad soñada entre ellos era una realidad, pero, a pesar de todo ello, el diplomático no estaba seguro, no estaba convencido. Y este convencimiento lo fué obteniendo, a medida que fué observando en su hermana una tristeza, una melancolía, para la cual no tenía motivo alguno. Intentó en cierta ocasión sondear el ánimo de su hermana y le habló de su marido, para ver si tenía algún reproche de él, pero las palabras de la princesa le dieron bien pronto el convencimiento de que su cuñado seguía adorándola

la y haciéndola objeto de todas las consideraciones.

El anuncio de la próxima llegada de un descendiente aumentó la alegría del enamorado militar, pero esto dió motivo también para que fuese mayor la tristeza de la princesa, y fué entonces cuando Lun Sing se convenció de que su hermana no era feliz. Pero lo más doloroso del caso era que no podía hacer responsable de ello a su marido. Éste seguía portándose como siempre y el diplomático comprendió que era la diferencia de razas, la separación espiritual, que alejaba a su hermana de aquella dicha que tanto había soñado.

Al cabo de unos meses, nació el heredero y era el mismo que aquel día le había visitado. El nacimiento del niño coincidió con la muerte de la madre en circunstancias que parecían normales, pero que para la sutileza y suspicacia de Lun Sing no pasó desapercibida de que era algo extraordinario. Pasaron los años y el diplomático supo siempre el fiel recuerdo que el padre de Dimitri guardó a la muerta y el dolor que produjo en su vida.

Dimitri fué creciendo y sus rasgos fueron los característicos del

padre. La raza blanca tuvo más fuerza en su nacimiento que la amarilla y nadie hubiera sospechado que aquel apuesto capitán del ejército del Emperador hubiera tenido su procedencia de una raza distinta.

Después de la revolución rusa Lun Sing perdió por completo la pista del padre de Dimitri, hizo indagaciones para saber de él y finalmente llegó al convencimiento de que habría muerto.

En los ojos de Lung Sing aparecieron unas lágrimas en recuerdo de aquella hermana a quien tanto idolatró, y sus labios murmuraron una oración por ella y por el padre de Dimitri que tan fiel había sabido serle.

Por esta causa, desconocida para Dimitri, fué por la que Lun Sing dió órdenes a su hijo de que hiciera por Dimitri lo que él mismo habría hecho por él y pensó tenerlo desde aquel momento bajo su protección y custodia para evitar que sus pocos años pudieran serle un estorbo en su desenvolvimiento.

Desde los primeros días Dimitri demostró en su cargo poseer un conocimiento grande de las finanzas. Su inteligencia se declaró prontamente y hacía verdaderos adelantos. Rápidamente

adquirió la confianza del hijo de Lun Sing y se le delegaba para asuntos de difícil resolución. Su carácter decidido, terco en sus ideas e inflexible en sus asuntos comerciales le daban una clara visión de los negocios y esa terquedad quedará completamente demostrada con sólo asistir a una de sus conferencias con un gran comerciante de la localidad en quien vió motivo para desconfiar a pesar de venir bien recomendado por sus superiores. Ante la insistencia de Dimitri el solicitante del crédito le decía:

—¿Por qué he de darle una garantía en efectivo para recomendar mi préstamo?

Dimitri sonrió ante la pregunta ingenua del solicitante y le respondió:

—Por la sencilla razón de que yo tengo lo que usted solicita.

—¡Esto es increíble!—exclamó el otro.

—Es increíble, pero es la costumbre.

—¿Usted cree que eso es justo, mister Koslow?

Éste sonrió ante la pregunta del que solicitaba el crédito y le respondió tranquilamente:

—Piense usted que la ética está reñida con las finanzas. Además, si a usted no le convienen las

condiciones, yo tampoco quiero obligarle a ello.

El otro suspiró con tristeza y al fin firmó lo que le pedía Koslow diciéndole:

—¡Qué remedio me queda!

Se marchó el cliente y al poco rato se presentó el hijo de Lun Sing que le preguntó afablemente:

—¿Cómo marcha esto?

—Aprendiendo—respondió con modestia Koslow.

—Y mucho más aprisa de lo que todos esperábamos—exclamó complacido el hijo del diplomático—. Mire—continuó diciéndole, a la vez que le mostraba un cheque—. Aquí tengo un giro por cien mil dólares de un buen cliente. Yo desearía que lo entregase usted personalmente...

—Con mucho gusto—respondió Koslow preparándose para ir inmediatamente.

—Gracias—terminó diciéndole el subdirector del Banco, al mismo tiempo que le entregaba el cheque para que lo firmase el cliente.

Koslow cerró los cajones de su mesa, puso en orden varios papeles y salió del Banco para cumplir la misión que se le había confiado.

A aquella misma hora, en casa

de la tía de Bárbara se hallaban tomando el cocktail y Constance reprochaba el que le había servido Tonny diciéndole:

—Esto es veneno ¿quieres matarme?

Bárbara se echó a reír y no pudo menos que exclamar:

—¡Cómo me divierto!

—Menos mal—respondió de mal talante su tía.

—Estoy contentísima como nunca—insistió la joven—. Tengo todo lo que quiero. ¡Hasta el pasaje de regreso!

Constance miró severamente a Tonny sospechando que éste había sido el que le había facilitado el dinero para comprar el pasaje y el muchacho, comprendiéndolo, protestó diciéndole:

—No se lo compré yo.

—¿Entonces quién te dió el dinero?—preguntó extrañada Constance.

—Tú misma—exclamó riendo Bárbara.

—¿Yo?... ¿Tú sabes lo que dices? ¿Darte yo el dinero para que te vayas?

—Claro que sí. Empeñé tu abrigo de bisonte... y aquí tienes la papeleta. Aquella declaración produjo tal efecto en Constance, que ni siquiera supo qué responderle. Mas, de pronto, tuvo un

pensamiento gracias al cual creía poder detener a la joven para que no se marchara y lo quiso poner en práctica, por lo que le dijo a Tonny:

—Ven conmigo, que quiero hablar contigo dos palabras a solas.

El muchacho, seguro de que le iba a echar alguna regañuza, intentó oponerse diciéndole:

—Yo no he hecho nada malo.

—Eso ya lo veremos. Pasa a mi habitación.

Koslow, que había entrado en aquel momento, pues precisamente era para Tonny el cheque que le habían entregado aguardó en la puerta y aun pudo oír a Bárbara que decía a Tonny:

—Termina pronto y vuelve, que beberemos por mi viaje.

Al darse cuenta de la presencia de Dimitri, se excusó con él por no haberle atendido antes, diciéndole:

—Perdone usted que no le haya hecho entrar... Estaba divirtiéndome con mi tía.

Dimitri entró por fin y se presentó a ella diciéndole:

—Soy Dimitri Koslow, del Banco Oriental Internacional.

—Y yo soy Bárbara Howard—respondió la joven, mirando fijamente a Dimitri como si quisiera recordar su fisonomía que

estaba segura de haber visto en alguna otra parte—. Le ruego que se siente.

Dimitri aceptó la invitación para esperar el regreso de Tonny y mientras tanto Bárbara le preguntó, cada vez más segura de haberlo conocido antes de ahora.

—¿No nos hemos visto antes?

Dimitri, para quien no había pasado inadvertida la belleza de Bárbara, exclamó galantemente:

—Desgraciadamente, no.

—¿Quiere beber algo?—le dijo ella volviéndose a la mesa donde estaban los licores. Mas antes de hacerlo abrió su bolso para sacar el pañuelo e inesperadamente se encontró con la cruz que había recogido del suelo el día de su llegada y se acordó de que pertenecía al mismo hombre que tenía ante ella. Volvióse nuevamente a él y mirándolo insistentemente para asegurarse de que su memoria no le era infiel le dijo excusándose:

—¡Le pareceré indiscreta por mi insistencia en mirarlo!

Dimitri sonrió satisfecho del examen que a su vez había hecho de la joven y le respondió:

—Si eso es indiscreción a mí me pasa lo mismo.

—¿Es usted ruso?—preguntó ella.

—Sí, señorita.

—¿Y dice usted que no nos hemos visto antes? Le advierto que yo soy muy buena fisonomista...

—A mí tampoco se me olvida una cara y menos aún cuando es como la suya—respondió galantemente Dimitri.

Bárbara fué a insistir en aquel conocimiento, pero la llegada de Tonny puso fin a la conversación. El joven entró alegremente preguntando:

—¿Me has preparado algo, Bárbara?

Dimitri se levantó, fué hacia Tonny y mostrándole el cheque le dijo:

—Tengo un giro de su padre.

—¿A ver? — preguntó Tonny, mirando la cantidad y exclamando tristemente—. Cien mil dólares... ¡Mezquino! ¡Si ya estoy debiendo casi tanto como me envía!... ¿Qué debo hacer?... ¿Cómo obtener lo demás?... ¿Qué me aconseja usted?

Dimitri, sin quererle dar un consejo, pero al mismo tiempo queriendo insinuarle un medio de poder hacer fortuna le respondió, como quien habla de una conversación que ya hace tiempo que se ha iniciado:

—Ha habido bastante actividad en Bolsa.

Tonny comprendió en seguida la indirecta, pero protestó de seguir el consejo diciéndole:

—Hay mucho riesgo.

—El prefiere la ruleta — exclamó riendo Bárbara, que cada vez se hallaba más interesada por la personalidad de Dimitri—. ¿Usted no?

—No—respondió con firmeza Dimitri—. Yo he comprado valores con muy buen suerte, aunque no han sido para mí.

—Tal vez sea eso lo que quiere decirme papá en su telegrama—expuso Tonny—. Es un telegrama del que no entiendo una palabra. Fíjese lo que dice: «Compra bonos Oriental alrededor de noventa. Vende antes que lleguen a cien. Juega al alza y baja. ¿Usted sabe qué quiere decir con todo esto?»

—Es muy sencillo — respondió sonriendo Dimitri—. Quiere decir que tiene que dedicar mucho tiempo a este negocio.

Tonny hizo un gesto de contrariedad. Jamás se había preocupado él de cómo su padre obtenía todo aquel dinero que él iba gastando inútilmente y pensando en los compromisos que tenía contraídos con sus amigos, para ir a las fiestas que se preparaban, exclamó:

—Yo no tengo tiempo.

Bárbara, que estaba decidida a que la amistad con Dimitri no terminara con aquella entrevista, medió diciéndole:

—Mister Koslow podría atender a ello.

—¡No es mala idea!—exclamó Tonny—. ¿Podría usted hacerlo?

—Con mucho gusto—respondió Koslow—. Dentro de poco van a abrir la Bolsa.

Bárbara, que hubiera querido permanecer en la compañía de Dimitri, sintió que éste pretendiera marcharse y le preguntó extrañada.

—¿Pero aquí funciona la Bolsa de noche?

—Estamos en China, señorita — exclamó Dimitri.

—Sí, Bárbara—le explicó Tonny—. En Nueva York, querida,

son las diez y media de la mañana.

—¿Y podría ir yo también?—preguntó ella.

Dimitri sonrió, comprendiendo que la presencia de Bárbara no era necesaria y le respondió:

—No es muy propio para divertirse, aun cuando cerca hay un cabaret elegantísimo en donde podrían distraerse mientras yo hago la operación.

—Pues voy a vestirme en seguida—exclamó Bárbara, firme en su propósito de no dejar escapar a Dimitri.

Y antes de que pudieran ninguno de los dos hombres hacerle objeción alguna, la muchacha corrió a su cuarto, del que salió poco después completamente vestida para asistir a cualquiera de aquellos elegantes cabarets de los cuales tantos posee la mágica ciudad de Shanghai.

29
29
58
36
348
174
2088
64
8352
12528
133632

EL DESPRECIO A UNA RAZA

La elegancia de Bárbara Howard se hacía más ostensible con sus galas de noche. Su belleza se hacía más exquisita, más incitante y la gracia personalísima de toda ella producía fascinación. Dimitri la vio aparecer y le pareció que un hada misteriosa se acercaba a él, sintió el embriagador perfume de Bárbara y estuvo a punto de cerrar los ojos para poder conservar siempre en su memoria el recuerdo de aquella mágica visión. Bárbara sonrió a Dimitri, adivinando la impresión que había causado en él. Premeditadamente ella se había esmerado en su tocado, había querido ser bella aquella noche, mucho más que ninguna otra y

un deseo oculto, tal vez inexplicable para ella misma, la incitaba a que apareciese a la vista de aquel hombre como una mujer diferente de las otras.

¿Podría ella explicarse qué fuerza misteriosa la impulsaba hacia Dimitri? ¿Qué sentimientos eran los que la unían a aquel hombre que tan solamente había visto dos veces en su vida y que sin embargo tal atracción ejercía sobre ella? Misterio, pero un misterio dulce, embriagador, como el sueño de uno de aquellos narcóticos que se usaban en ciertos establecimientos de drogas de Shanghai.

Unidos los tres salieron en dirección a un establecimiento de

Shanghai, que era el síntoma, o mejor el detalle más explicativo de aquella vida de placeres que se llevaba en la gran ciudad. Hay que advertir que Shanghai debe mayormente su nombre, no sólo a su comercio, sino a la vida de placeres que allí se vive. Después del trabajo diario los hombres de todas las clases sociales, buscan dentro de la disponibilidad de sus medios económicos los placeres de la noche. En ninguna ciudad del mundo las aventureras y mujeres fáciles encuentran mejor medio de vida que allí. En Shanghai el viajero puede encontrar una variedad en todo esto, que verdaderamente asombra. Nada allí llama la atención, todo se encuentra lógico y natural y la vida sigue desplazándose entre la febrilidad del trabajo y la locura aterradora de un exceso de placeres.

El establecimiento a donde habían ido Tonny, Dimitri y Bárbara daba una idea de lo que decimos, por su raro funcionamiento.

En la amplia sala, cuyo testero principal ocupaba un amplio mostrador, servía para que las parejas bailasen al son de varias orquestas, mientras que en un departamento inmediato, el telégra-

fo funcionaba aceleradamente dando cifras de las cotizaciones de las principales Bolsas del mundo. Y mientras iban apareciendo las cifras una infinidad de empleados anotaban las compras de los jugadores de Bolsa, entregaban recibos, recibían cheques, etcétera. En aquel departamento se olvidaba la frivolidad del otro que estaba inmediato y cualquiera que entrase en él por primera vez jamás podría sospechar que solamente le separaba un tabique de la sala de un cabaret.

Éste era, sin embargo, el más elegante de la ciudad. Allí podían acudir los maridos tranquilamente sin miedo a que nadie los viese entrar. Lo mismo podían acudir a la bolsa que a divertirse.

Apenas entraron, Tonny intentó dirigirse hacia el bar, pero Bárbara le detuvo y le dijo sonriendo, conocedora de la afición del joven:

—Nada de copas.—Y volviéndose hacia Dimitri le advirtió:— Hay que vigilarlo.

Bajaron unos escalones que conducían a la sala y al llegar a ellos se acercó a los tres amigos un matrimonio conocidísimo en Shanghai por su fortuna y saludó a Bárbara, diciéndole la señora:

—¡Qué milagro! ¿Dónde estaba usted escondida?

—Llevo vida doble—respondió bromeando Bárbara, pero diciéndole estas palabras con marcada intención por su compañero Dimitri, que ni siquiera pudo sospechar el motivo.

Tonny se acercó a ella y saludó a la señora preguntándole:

—¿Y la encantadora señora Truesdale, cómo se encuentra?—Y volviéndose a Dimitri lo presentó diciéndole: Quiero presentarle a mi amigo y banquero. Es un nuevo doctor Jeky y a la vez un Hyde.

Tonny se refería al principal personaje de una película, en la cual el protagonista encarna indistintamente el espíritu del Bien y el del Mal.

—¡Nos hará millonarios!—siguió diciendo el joven en tono humorístico. Pero queriendo hacer la presentación en regla le preguntó a Dimitri: ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Dimitri Koslow—respondió éste ofreciendo su mano al señor Truesdale.

Hablaron unos momentos con ellos de cosas indiferentes y siguieron adelantándose en la sala, hasta que, de pronto, llamó la atención de Bárbara una mujer

elegantemente vestida, cuyas facciones eran absolutamente asiáticas, aun cuando algunos rasgos de su cara parecían declarar que tenía algo de europea. Curiosa por saber quién era aquella mujer, la joven preguntó a su compañero:

—¡Qué mujer más extraordinaria!

—¿Dónde?—preguntó Tonny mirando a todas partes—. Señálamela... No tengas miedo...

—Allí, junto al teléfono—le indicó Bárbara.

Tonny volvió la cara hacia el lugar que le indicaba su amiga y exclamó finalmente:

—Ah, sí; esa es la señora Truesdale.

Bárbara le miró extrañada. Acababan de saludar a la señora Truesdale y la respuesta de Tonny aumentó su curiosidad haciéndola exclamar:

—¿Pero la que hemos saludado no es?...

—Sí, la señora Truesdale, la oficial; pero ésta también lo es.

Bárbara comprendió lo que quería decirle su compañero, mas cada vez más intrigada por el aspecto de aquella mujer, siguió preguntándole:

—¿Es china?

—No, eurasia... mitad y mitad

—respondió con profundo desprecio Tonny.

—Me gustaría conocerla—insinuó Bárbara.

Pero Tonny adquiriendo un aire de seriedad, de una seriedad que jamás hubiera podido sospecharse en él, protestó indignado exclamando:

—Todo lo que quieras menos eso.

Dimitri, sintió extraordinario mal efecto al oír cómo hablaba Tonny de aquella mujer y se disculpó de seguir acompañándolos diciéndoles:

—Ustedes perdonen. Han abierto ya la Bolsa... y como yo soy su banquero, me retiro para cumplir con mi obligación.

Volviéron a quedar solos Tonny y Bárbara y sentados en una mesa, el joven le explicó lo que quería decir aquella palabra de eurasia.

Llámase así al ser que ha nacido de un blanco y una asiática, o bien de un asiático y una blanca. Estos seres que no tienen culpa alguna de haber venido al mundo llevando en sus venas sangre de dos razas distintas son tratados con el máximo desprecio, y nadie que se tenga por algo se permite alternar con ellos. Un asiático cien por cien, merece los

respetos de todos, pero a un mestizo nadie le da cabida en su casa, ni sitio en su mesa. Son los parias de la sociedad y ésta se muestra con ellos con una crueldad inhumana. El asiático cien por cien puede ejercer cargos públicos, puede ser comerciante, puede ser financiero, diplomático, en fin, tener un lugar dentro de la sociedad; el eurasio, por el contrario, no puede disfrutar de nada de ello y las mujeres tienen que lanzarse a la vida galante, porque nadie se atrevería a casarse con ellas, o bien a los servicios más humildes donde son mal tratadas y peor remuneradas. Los hombres indefectiblemente tienen que ser servidores de los asiáticos o de los blancos, pero aun así, sus cargos dentro de las casas han de ser de lo más humilde. Jamás una blanca se atrevería a estrechar la mano de eurasio y menos aún a sentir ningún sentimiento de piedad hacia él. La sociedad está montada así y todavía no ha podido desengañarse que unos milímetros de piel o unos trazos más o menos pronunciados en las facciones no son motivo para que un semejante se vea tratado de diferente forma. Eso es lo mismo que el renunciamiento actual de la esclavitud.

vitud. A cualquiera que se le dijese que en un país civilizado se pretendía establecer la esclavitud protestaría enérgicamente, razonaría diciendo que es una inhumanidad, que todos los seres tienen el mismo derecho a la vida, sea de la raza que sea, pero este mismo ser que de tal forma protestase, jamás se consideraría igual a otro de raza distinta y considerada por él como inferior. De nada ha servido el razonamiento de varios escritores sobre este particular. El mundo ha sido así y lo seguirá siendo mientras en él tenga su trono triunfal la soberana Vanidad.

Bárbara, por las palabras de Tonny, fué dándose cuenta de lo que significaba en Shanghai un erasio y, desde luego, convenía con él en la razón de aquel desprecio. Eran seres anímicos, carecían de raza y hasta se tildaban de ser seres de los más bajos instintos y de más perversas intenciones.

—Un eurasio—le decía Tonny—nunca puede pensar nada bueno. Es la escoria de dos razas que no se han unido por amor, sino por instinto bestial, y de esa unión nauseabunda no puede fructificar más que eso... ¡un «eurasio»!

Y al decir eurasio ponía toda su alma en poder expresar el mayor desprecio. Mientras ellos hablaban, Dimitri entró en la Bolsa los comentarios que varios agentes hacían de las probabilidades del alza y de la baja de varios valores. Él llevaba en su pensamiento fijadas dos cosas: Los valores a los que tenía que jugar y el recuerdo de Bárbara, que acababa de dejar junto a otro hombre.

Se acercó a uno de los corredores, y le dijo, entregándole el cheque para responder de su compra:

—Cien acciones de «Armamentos Internacionales», dos mil de «Nitratos M. S.» y mil de «Rifles Duptox».

El corredor se le quedó mirando extrañado. Aquel día precisamente habían sido estos valores los que menos se habían cotizado y por lo mismo le preguntó:

—¿Según veo, hay probabilidades de guerra?

—Quizás—respondió Dimitri recogiendo los recibos de los valores comprados.

Ya iba a salir cuando se dió de cara con Bárbara que había ido a buscarlo y ésta le preguntó:

—¿Listo?

—Por de pronto—respondió él

sonriendo—. ¿Puedo acompañarla?

—Desde luego—le dijo ella con franqueza propia de americana—. A eso he venido, a buscarle.

—¿A dónde desea usted ir?—le preguntó Dimitri, cogiéndola por el brazo, sin que ella manifestase la menor oposición.

—Lléveme donde haya agitación, peligro... A un sitio que sea diferente de todo esto. Deseo conocer algo del verdadero Shanghai.

—¿Tiene buenos nervios?—le preguntó él.

—De acero.

—Pues vamos.

Salieron y tomaron uno de aquellos cochecillos de los que durante tantos días había tirado Dimitri y llegaron a un restaurant de aspecto completamente ruso. En el momento en que ellos aparecieron, uno de los bailarines estaba danzando un baile peligrosísimo llevando colocados en la boca dos afilados puñales. Bárbara se quedó mirando lo que pasaba en el interior y se volvió a Dimitri para decirle:

—Esto me va a gustar.

Precisamente en aquel instante también, el dueño del restaurant sacaba a empujones a una mujer

y la arrojaba a la calle y Dimitri, sonriendo, la dijo a Bárbara:

—No se separe de mí... Ya ve que aquí es muy fácil perderse.

Bárbara se fué directamente a una mesa y al sentarse se le acercó el dueño que le habló en ruso. Ella, que desconocía aquel idioma, respondió: «No, gracias».

—¿Qué le ha dicho?

—No sé—respondió ella—. Me ha murmurado algo y yo le he dicho: «no gracias». Creo que me invitaba a bailar.

—Pero usted le sonrió—le reprochó afablemente Dimitri.

Ella le miró cariñosamente y le respondió mimosamente coqueta:

—Cuando digo «no, gracias», sonrío siempre.

Dimitri, fingiendo que hablaba de bromas, aun cuando interiormente decía lo que verdaderamente sentía, le dijo:

—Aquí al único que tiene que sonreír es a mí.

Se acercó nuevamente el dueño y al verla con Dimitri hizo una reverencia que demostraba que conocía al cliente y Dimitri la presentó diciéndole:

—La señorita es miss Howard y mi amigo Sergio Tewartoff... Deseamos Caviar y «vodka». Al

marcharse el dueño, Bárbara le preguntó:

—¿Es amigo suyo?

—Servimos juntos en el ejército imperial—le respondió Dimitri—. Fué superior mío.

Después de beber una copa del vino que había pedido su compañero, Bárbara le preguntó:

—¿Le gusta a usted el baile?

—Con usted, sí—respondió él, a la vez que se levantaba para bailar. Pero ella, al sentirse cogida por él, al tener cerca de los suyos los ojos de Dimitri que parecían penetrar en su cuerpo, al respirar de cerca el aire de aquel hombre se sentía fascinada, carente en absoluto de voluntad y le parecía que su corazón estaba a punto de estallar. Él advirtió aquella agitación y le preguntó:

—¿Está cansada?

—No — respondió ella —. Es algo que no le puedo explicar. Jamás he pasado una noche tan extraordinaria como la de hoy.

—Eso mismo me ocurre a mí —le respondió Dimitri—. Nunca he pasado una noche como esta.

Habían vuelto a sentarse otra vez y Bárbara, queriéndole subyugar con su mirada, le preguntó:

—¿Se arrepiente de ello?

—Yo jamás me arrepiento de

lo que hago—le dijo Dimitri sonriendo—. Hoy mismo he afrontado un grave riesgo jugando en la Bolsa... Quizás mañana tenga que salir del país.

Ella le miró más cerca todavía, como si quisiera apresar toda su voluntad en la fuerza prometedora de aquella mirada y le respondió:

—No diga tonterías... Mañana estará en Shanghai.

—¿Quién me detendrá?—preguntó él sorprendido.

Ella le miró mimosa. Con aquella mirada quería darle a entender que sería ella la que no le dejaría marchar, pero le respondió, no obstante:

—Usted mismo.

Y tal ansia, tal deseo había en aquellas frases que Dimitri no pudo menos que decirle conmovido y entendiéndola:

—Pero, si apenas me conoce, cómo puede usted hacer esa suposición?

—¿Lo cree usted así?—preguntó ella, acordándose del primer encuentro.

—Seguro — afirmó él —. ¿De dónde nos conocíamos antes?

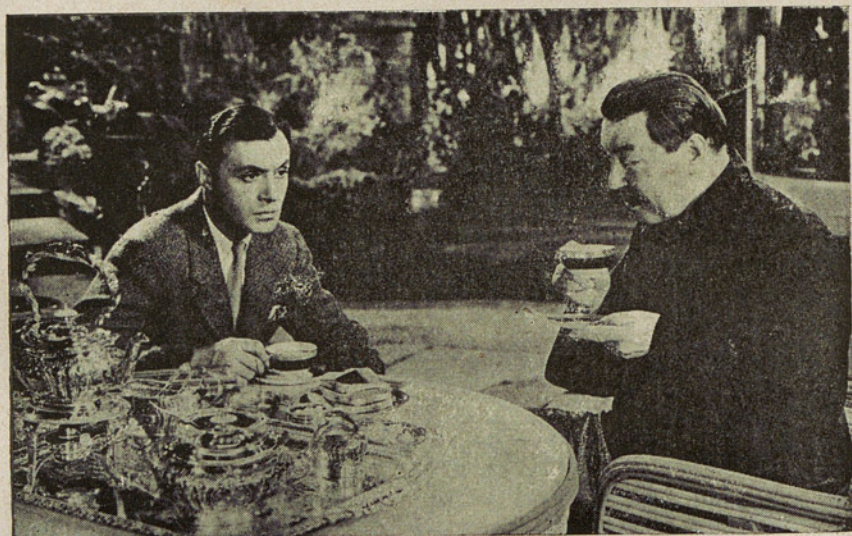
Bárbara no respondió a su pregunta. Abrió su monedero y sacó de él la condecoración que días atrás había perdido Dimitri. Se



Allí permanecía inerte el hombre a quien había idolatrado desde niño.



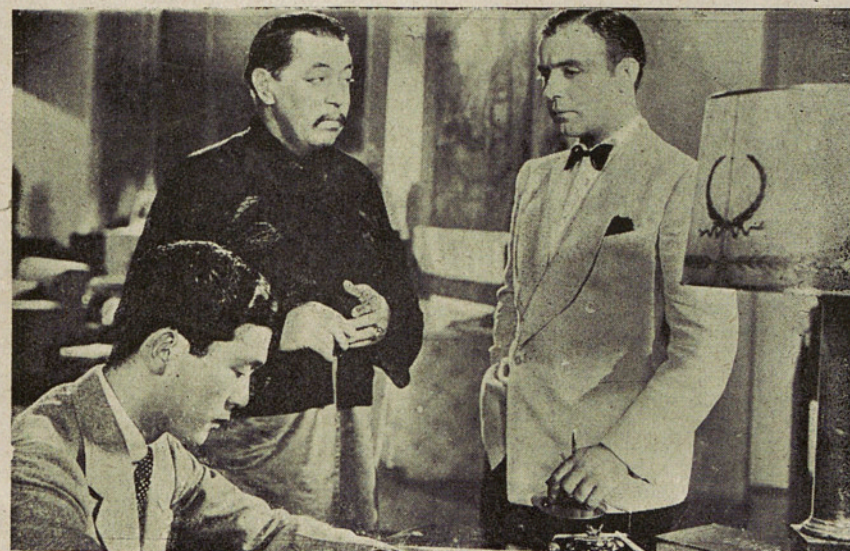
—Cré que no llegarías nunca.



— Su padre fué gran
amigo mío.



— ¿Dónde está mi
padre?



— Yo querría que lo
entregase personal-
mente.



— La ética suele estar
reñida con las
finanzas.



- Se trata de hombres
de más experiencia
que tú, ricos y poder-
rosos.



- ¡Como me divierto!



- Quiero que tenga
las dos cosas.



- Empeñé tu abrigo
de vison.



- ¡Te quiero!



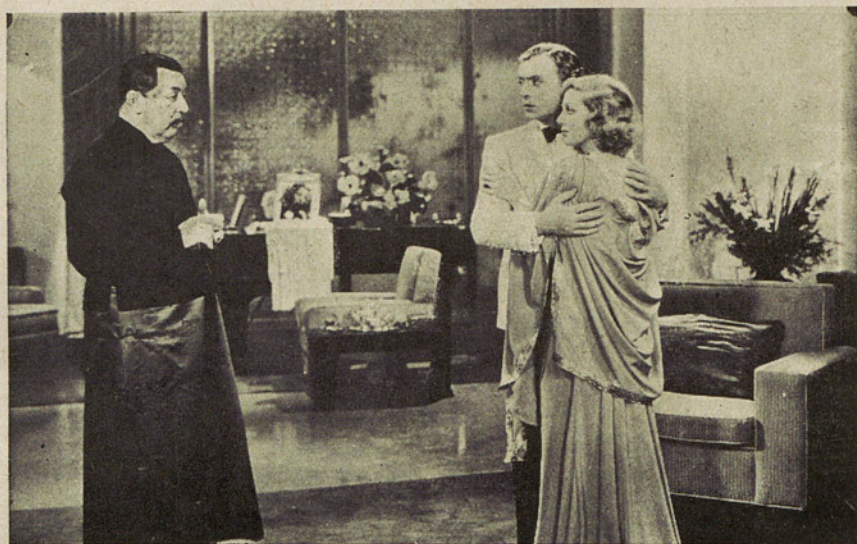
- Mañana estará
usted en Shanghai



Su Excelencia había
organizado una fiesta
típica.



- El corazón me dice
que acertó usted.



— ¡Estoy harto de fingimientos!



— ¡Estás encantadora!

la mostró sonriendo y le preguntó:

— ¿Le dice a usted algo esto?

Dimitri la cogió rápidamente y se la quedó mirando unos segundos, hasta que ella volvió a decirle:

— Tenía la seguridad de que la reconocería usted y de que se acordaría cuándo la perdió.

— Es verdad — murmuró él bajando la cabeza por la vergüenza de que ella le hubiese reconocido en su anterior profesión.

— Hace tres meses — siguió diciéndole la joven, sin el menor tono de reproche — tiraba usted de un «rickshaw» y hoy es banquero, ¿qué broma es esa?

— No es broma tirar de un «rickshaw» — replicó Dimitri.

— ¿Ni ser banquero, tampoco? — inquirió Bárbara.

Dimitri se pasó una mano por la frente como para apartar de él el deseo que sentía de confesarle a ella toda su vida anterior, y al lograrlo, se contentó con decirle:

— En Rusia fui banquero del Tesoro Imperial... La rueda de la vida da muchas revoluciones...

— Y le alcanzó a usted — terminó diciendo ella.

— Exactamente — afirmó Dimitri.

— ¿Y qué riesgo es el que ha afrontado esta noche? — le preguntó ella—. ¿Acaso el acompañarme?

Y al hacer esta pregunta, Bárbara, no podía ocultar el sentimiento de celos que la atormentaba. Temía que en la vida de aquel hombre hubiera alguna mujer que lo pudiera alejar de él y esperó anhelante la respuesta de Dimitri que le dijo:

— He especulado con el dinero de su amigo.

— ¿Y cree usted que ha hecho mal?

— Jugué al alza, en vez de seguir la orden del telegrama.

Ella le cogió confiadamente la mano y le animó diciéndole:

— El corazón me dice que acertó usted...

— No entiendo — replicó Dimitri.

Bárbara le miró intensamente. Hubiera querido grabar sus palabras en el corazón de aquel hombre y al final le dijo:

— Yo soy una mujer que cree en los presentimientos. Mi corazón me dice que tiene usted un espléndido porvenir y un trágico pasado... Debe usted olvidar lo que ha sido. Ahora lleva las bo-

tas limpias y está en el tope del mundo... ¿Me entiende usted?

Y cogiendo la copa que tenía sobre la mesa invitó a brindar a Dimitri diciéndole:

—¡Por el mañana!... ¡Por su mañana!

Dimitri bebió con ella y mirándola fijamente, extasiado ante la belleza de la joven, pronunció como si estuviera en un éxtasis:

—Shanghai es la ciudad más maravillosa del mundo...

Bárbara abrió nuevamente su monedero y sacó de él el pasaje de regreso que había comprado aquel mismo día, mostrándoselo a Dimitri al mismo tiempo que le decía:

—Mire, mi pasaje de regreso.

—¿Se marcha usted?—preguntó él anhelante.

Bárbara tranquilamente acercó el billete al candelabro que ardía encima de la mesa que estaba y quemando el pasaje respondió sonriendo:

—Ya no... ¿Le parece esto importante?

Dimitri no pudo contenerse y cogiendo una mano de la joven se la llevó a los labios murmurando:

—Gracias, Bárbara, muchas gracias...

Y en aquellas palabras de gratitud, quiso él expresar todo el amor que la joven había sabido infiltrar en su corazón.

HACIA LA GLORIA

Acertó Bárbara en su presentimiento. El riesgo que había corrido Dimitri al invertir el dinero de Tonny le había servido de base para comenzar su fortuna. Apenas llevaba unos meses trabajando por su cuenta y su nombre empezaba ya a sonar en el mundo financiero, no sólo con sobrado prestigio, sino que hasta con temor por sus contrarios. Dimitri era un hombre arriesgado, un hombre decidido a quien no le asustaba la exposición de su capital y había hecho magníficas jugadas de bolsa llegando a ganar millones en ellas. Su vida había sido en aquellos meses espuma de jabón que sube y él había sabido ir aumentando esta espuma cada vez con mayores ganan-

cias para él. «Está usted en el tope del mundo» le había dicho ella, y había acertado. Había llegado a ese tope donde todo lo vemos fácil, donde todo es asequible a la voluntad del hombre y desde allí, Dimitri miraba la vida como si fuera una vasalla que se rindiera a sus pies.

Durante aquellos meses Dimitri y Bárbara se habían visto muchas veces. Habían ido viviendo la pasión que los había unido desde el primer día, pero sin que él se decidiera nunca a confesarle el gran amor que por ella sentía. Jamás hubo fiesta en la que no se les viera juntos y el mundo, ese pequeño mundo aristocrático de Shanghai, comenzó a considerarlos como una próxima pareja.

Nadie ignoraba que estaban enamorados y hasta ellos mismos a pesar de saberlo, parecía como si temieran a aquella pasión que abrasaba sus corazones.

Bárbara le veía elevarse, crearse una posición enviadable para casi todos los que le habían conocido como simple empleado de Banco y ahora le veían convertido en uno de los hombres más influyentes de la ciudad.

Le pareció estrecho el campo de acción en el que actuaba y formó él mismo un Banco, retirando su capital de donde lo tenía hasta entonces. El día que le hicieron entrega del dinero, el empleado que fué a rendirle cuentas le dijo cuando terminaron la liquidación:

—Es usted el mejor cliente que hemos tenido, mister Koslow.

—Y ustedes mis mejores corretores—respondió él.

—Sentimos mucho perderlo.

—¡Qué se le va a hacer!—exclamó Koslow—. La Bolsa es el lugar ideal para el que no tiene qué hacer mucho y qué perder... Voy a dedicarme a buscar inversiones seguras.

—¿Es que las hay?

—Sí, hay una—respondió Koslow—. «Fincas rústicas de Shanghai».

En esto su secretaria entró a avisarle que la señora Truesdale quería hablar con él por teléfono y Dimitri le dijo:

—Póngame con ella.

Fué a levantarse el empleado del Banco y Dimitri le dijo:

—No es necesario, no tiene importancia.

Se puso al aparato y la señora Truesdale le invitó para que cenase con ellos al día siguiente, a lo que se excusó Dimitri diciéndole:

—Mañana no podrá ser. Los viernes estoy muy ocupado. Podríamos arreglarlo para el miércoles... Entendidos, el miércoles a las ocho.

Dejó el auricular y volvió a hablar con su visitante diciéndole:

—Mister Truesdale y sus socios quieren que vaya con ellos... Todavía no lo he pensado.

Sonó el timbre de su teléfono particular y al ponerse al habla oyó la voz de Bárbara. Hizo una seña a su visitante, como indicándole que se marchase, al mismo tiempo que Bárbara se excusaba de llamarle y le decía:

—Perdóneme, ya sé que está usted siempre muy ocupado, pero quería darle las gracias por las orquídeas que me ha enviado. Son hermosísimas.

—Para usted no las hay bastante hermosas en Shanghai—exclamó Dimitri con entusiasmo.

—¿Cuándo cenaremos juntos?

—le preguntó ella.

—Hoy mismo... ¿Le parece bien que vaya a recogerla a las ocho?

—Encantada—respondió Bárbara.

—Pues hasta entonces.

Dejó el auricular y llamó a su secretaria diciéndole:

—¿Qué tengo que hacer esta noche?

—Está usted citado para cenar con la señora Hilton a las ocho.

—Imposible. Envíele mis excusas con un ramo de flores.

—¿Orquídeas?—preguntó la secretaria.

—No, a la señora Hilton no le envíe nunca orquídeas. Cualquiera otra flor.

Y salió del despacho para arreglarse y poder estar a punto a la hora que se había citado con Bárbara.

Tal y como había dicho Dimitri, los famosos financieros que formaban la compañía de Truesdale se hallaban inquietos por las actuaciones de Koslow y reunidos aquel día, el esposo de la señora Hilton decía a sus compañeros:

—¡Koslow!... ¡Koslow! No se oye otro nombre.

—Es un hombre de mucho cuidado—respondió Truesdale—. Ha embolsado millones. Mientras nosotros especulábamos en hoja-lata, él hacía una fortuna en municiones.

—Es un gran tipo—replicó mister Wang, el único socio japonés que formaba parte de aquella Compañía.

—Yo creo que nuestro deber es atraérnosle—propuso Truesdale.

—Es un hombre imposible—exclamó mister Wang—. Lo mejor es luchar para aniquilarle.

—Lo veo difícil—expuso Hilton—. Tiene una serenidad sorprendente.

Y al cabo de una viva discusión, quedó acordado ver la manera de poder atraerse a Koslow antes de que éste pudiera controlar la mayoría de las acciones de «Fincas Rústicas de Shanghai», las cuales habían lanzado ellos a la baja, para producir el pánico y poderlas acaparar por poco dinero.

Al día siguiente, Lun Sing había ido a visitar a Dimitri y éste le daba cuenta de su proyecto de invertir en «Fincas Rústicas de Shanghai» la mayor parte de su capital y Lun Sing le respondió,

después de examinar el proyecto del joven:

—Este proyecto ofrece grandes peligros, Dimitri.

—Por eso me atrae—confesó él—. Las cosas fáciles no merecen que trabajemos por ellas.

—Pero es que se trata de hombres de más experiencia que tú, ricos, poderosos...

—... Y granujas, ha querido usted decir—terminó la frase Dimitri.

Lun Sing sonrió significativamente al ver que le había adivinado el pensamiento y respondió:

—Lo has dicho tú... Truesdale, Hilton, Von Hueffer y mi compatriota Wang... Son enemigos peligrosos.

Dimitri no compartía sus mismos presentimientos y respondió:

—Cuando haya conseguido controlar sus intereses ya no lo serán.

Lun Sing tenía plena confianza en el talento y la voluntad de Dimitri y por lo mismo exclamó:

—Hay una sola cosa que puede impedirte.

—¿Cuál?—preguntó extrañado Dimitri. Y con gran asombro suyo el diplomático le respondió:

—Una mujer... Shanghai ofrece grandes oportunidades para ello, pero también grandes tentaciones... No me refiero a las mujeres fáciles, esas, como la cobra, llevan consigo el aviso de su veneno. Me refiero a otra mujer... a... «una buena mujer» que será más fatal para ti.

Dimitri le oía sin atreverse a responder. Conocía de sobra la experiencia de Lun Sing y el gran amor que le profesaba y por eso oía sus consejos con verdadero respeto.

—En Shanghai—siguió diciéndole el viejo diplomático—pueden desafiarse todos los convencionalismos, menos uno. No importa la nobleza de estirpe, si es cruzada como la tuya... un hombre es considerado como un paria.

Dimitri bajó la cabeza por el peso de aquella razón. Sabía que lo que le decía era verdad y Lun Sing continuó diciéndole, refiriéndose a Bárbara, de quien sabía que estaba enamorado el joven:

—Afrontas un grave peligro... Tienes las facciones de tu padre... Ojalá hubiesen predominado en ti las de tu santa madre... A veces, hasta me cuesta trabajo pensar que eres hijo de ella.

Dimitri sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¿Acaso él mismo no había oído la forma cómo se expresó Tonny al hablar de la eurasia? Y por si esto fuera poco Lun Sing siguió aconsejándole:

—Muchas mujeres de la raza de tu padre te amarán... Esto, no podrás evitarlo, pero si debes y puedes evitar el amarlas.

Y con la amargura que habían causado en él aquellas palabras, Lun Sing salió poco después de la casa de Dimitri, dejándole sumido en el más profundo pesar.

Recordaba las palabras de Lun Sing diciéndole que él debía evitar el amarla. ¿Acaso dependía ya de él el amar a Bárbara? ¿Acaso no la amaba ya con sus cinco sentidos? Estaba seguro de que ella no le abandonaría por su origen. Era de una estirpe real, procedía de un matrimonio legítimo, no un hijo nacido por una falta del amor. ¿Qué podían echarle en cara entonces? Bárbara no pensaría como los demás y sabría anteponer su amor a los prejuicios de una sociedad imbecil e incomprensible para los de una raza distinta a la suya. Pero y si, por el contrario, no pensaba ella así... ¿Podría él sufrir el agravio de su desdén, el verse

tratado por ella con el desprecio que se trataba a los de su condición? Prefería mil veces huir de sí mismo, ocultarse en la más triste de las pobreza y pensar que su amor había sido una quimera que había muerto al nacer. Era preferible matarlo, antes que llegara el caso de que fuese ella el que lo matase. Prefería el suicidio al crimen.

Y pensándolo así, dejó pasar los días sin volver a ver a Bárbara, eludiendo las conversaciones con ella, dejando de enviarle las flores que tenía por costumbre y buscando la ocasión en que ella comprendiese, o mejor dicho, creyese que él no la amaba. Quería matar su amor, pero no que nadie se lo matase. Y en estas circunstancias una fiebre de negocios se apoderó de él. Su mano parecía mágica, ya que cuanto tocaba producía ganancias. Fué adquiriendo la casi totalidad de las acciones de «Financas Rústicas de Shanghai», y el día que las tuvo en su poder le dijo a su corredor:

—Ha hecho usted un trabajo excelente.

—Difícil, nada más—respondió modestamente el otro.

—A veces dudaba de que lo consiguiera.

—Yo también lo dudé mucho, pero lo he conseguido.

Dimitri se le quedó mirando y una duda le asaltó. Él quería que todos sus negocios fuesen limpios, que nadie le pudiera echar en cara una mala acción, y por lo mismo le preguntó intranquilo:

—Habrá sido honradamente.

—Ni que decirlo tiene.

—Está bien, vuelva mañana, que quiero recompensarle.

Se fué el corredor y Dimitri llamó a su secretaria diciéndole:

—Guarde estas acciones en mi arca de pirata.

La secretaria, al darse cuenta de lo que se trataba, no pudo contener su admiración y exclamó:

—Me gustaría ver la cara a Hilton, Truesdale y Cía.

Dimitri sonrió también satisfecho por el negocio que acababa de hacer y exclamó:

—Estas acciones me dan el control absoluto de «Fincas Rústicas de Shanghai».

Sonó el teléfono y la secretaria se puso al habla diciéndole después:

—Mis Howard en el teléfono.

—Dígale que estoy muy ocupado en este momento.

—¿Que llame más tarde? — preguntó la secretaria.

—No — respondió Dimitri —.

Dígale que estaré ocupado toda la tarde.

La secretaria volvió a hablar por teléfono y le dijo:

—Mister Koslow está muy ocupado.

—¿No tiene una idea de cuándo estará libre? — le preguntó Bárbara.

—No podría decírselo — le respondió la secretaria.

—Entonces, hágame el favor de decirle que le llamaré más tarde — terminó diciéndole.

Pero volvió a llamar más tarde por teléfono y obtuvo la misma contestación que entonces y Bárbara se decidió a tener con él una explicación, para saber a qué se debía aquella actitud tan incomprensible para la joven.

Lo que menos podía ella suponer era el verdadero motivo, ni el enorme sacrificio que significaba para Dimitri el rehuirla. Él sabía que en presencia de Bárbara no tendría fuerzas para rechazarla y quería evitar el momento de estar a su lado para no caer en la tentación y sentir el dolor mucho más profundo cuando ella le desdénara por su origen.

Decidida a ello, por la noche, Bárbara fué personalmente a casa de Dimitri, quería hablar con él, exigirle una explicación,

aun cuando, por otra parte, no tenía derecho a ello, ya que solamente los lazos de una íntima amistad los unía.

El criado que salió a recibirla, al ver que preguntaba por su amo, la dijo:

—El señor no está en casa.

—¿Cuándo regresará? — preguntó Bárbara.

—No se lo puedo decir, señora.

—¿Sabe que le he llamado? — inquirió la joven. Y ante la contestación afirmativa del criado, exclamó extrañada: — ¿Lo sabía? Pues lo esperaré.

Llevaba escasamente media hora esperando cuando apareció Dimitri, y el criado le advirtió:

Miss Howard aguarda en la sala.

Dimitri quedó en suspenso unos segundos sin saber qué determinación tomar, pero su amor por la joven le hizo acudir a donde ella estaba diciéndole alegremente:

—Mi querida Bárbara... ¡Qué sorpresa más agradable!

Bárbara sintió la misma alegría, pero supo contenerse y después de mirarle fijamente, le dijo con cierta ironía:

—Si quiere que le diga la verdad, yo estoy tan sorprendida como usted.

Dimitri al ver que permanecía en pie se la quedó contemplando unos instantes, cada vez más admirado de su belleza, hasta que finalmente la dijo:

—¿Quiere usted sentarse?

Pero Bárbara seguía mirándole fijamente, como si quisiera estudiar la fisonomía de aquel hombre a quien tanto amaba, hasta que finalmente le dijo, sin poder contener su emoción:

—Es usted el mismo; y eso que yo creí que usted había cambiado.

—¿Por qué lo dice? — preguntó Dimitri.

—Pues, porque nunca dispone usted de cinco minutos para poder hablar conmigo.

—He estado muy ocupado — se disculpó Dimitri.

—Lo sé — le dijo ella con dulce reproche —. Oigo hablar de usted, leo acerca de usted. Es usted el hombre del día y me enorgullecó al pensar que un día fuimos amigos.

Dimitri sentía en el corazón aquella emoción que la joven manifestaba en sus palabras y al oír la palabra «fuimos» rectificó inmediatamente:

—¿Acaso no seguimos siendo amigos?

—Yo lo soy aún — respondió

ella—. Pongo la amistad por encima de todo... ¡Y sin embargo, créame, que tengo pocos amigos! Cuando ofrezco mi amistad es para siempre.

Dimitri estaba abrumado. En presencia de aquella mujer a quien amaba con verdadera idolatría, no sabía qué hacer, ni encontraba palabras para poderse expresar. Ella, para interrumpir aquel doloroso silencio, suspiró como quien quiere apartar de sí mismo un triste pensamiento, y le dijo:

—Enséñeme su casa .

Dimitri la llevó por la sala hasta que quedaron detenidos frente a un magnífico retrato de la madre de Dimitri. Bárbara, quedó parada admirando la pintura y le dijo:

—¡Qué cuadro más exquisito!

—Lo pintó un gran artista—respondió Dimitri, haciendo un esfuerzo para no exteriorizar la emoción que le producía verse delante del retrato de su madre, en unión de Bárbara.

—Me interesa más el asunto que el artista—declaró ella.

—Es una princesa manchú—le explicó Dimitri. Y queriendo cambiar la conversación le preguntó: ¿Le gusta el marfil?

—Me encanta—confesó ella.

Dimitri la condujo donde conservaba algunos objetos de verdadero valor, realizado por grandes artistas asiáticos y mostrándole uno de ellos le advirtió:

—Fijese en esta pieza, es de un arte verdaderamente raro y extraordinario.

—¡Es hermosísima! —respondió Bárbara—. Es de un blanco inmaculado... Parece como una nube que ha de disolverse, pero da cierta sensación de tristeza.

—Acéptela usted—le rogó Dimitri—. Hágalo como muestra de amistad.

Bárbara le miró significativamente. En sus hermosos ojos se advertía todo el amor que embargaba su alma de enamorada y replicó insinuante:

—Prefiero su amistad.

—Y yo quiero que tenga usted las dos cosas—le dijo él—. Mañana se la enviaré.

La situación se hacía cada momento más difícil para los dos enamorados. Cada minuto que pasaba se sentían más cerca el uno del otro. Para ella este acercamiento era de una felicidad insospechada, pero para él era una situación dolorosísima. En aquellos momentos le hubiera gustado estrecharla contra su pecho y poderle decir todo su inmenso

amor, mas los consejos del diplomático lo detuvieron y Bárbara terminó la entrevista tendiéndole la mano en señal de despedida.

El mismo la ayudó a cubrirse con el abrigo que se había quitado y al tenerla junto a él, un impulso más grande que su volun-

tad le hizo sujetarla por los hombros con el deseo de abrazarla. Ella se volvió, mirándole amorosa, esperando aquel instante tan deseado, pero también entonces supo Dimitri contenerse y quedó fallida nuevamente toda la esperanza de la joven.

NADA MAS FUERTE QUE EL AMOR

Volvieron a verse dos o tres veces después de aquella entrevista, volvieron a tener algunas conferencias por teléfono y volvió Lun Sing a advertir a Dimitri el peligro que corría. Y sus palabras fueron tan razonablemente dolorosas, tan persuasivas como las de todo buen oriental, que otra vez Dimitri sintió miedo de Bárbara. Fué otra vez el temor a que ella lo rechazase cuando supiera su origen. ¿Qué podía él esperar de aquel amor? ¿Cuál sería su actitud al saber Bárbara que era un eurasio? Sin duda le despreciaría, seguiría el mismo ritmo de toda la sociedad y entonces ya no tendría ni siquiera aquella dulce ilusión de saberse amado por la mujer que él ado-

raba. Estos tristes pensamientos le obligaron nuevamente a irse alejando paulatinamente de Bárbara. Sus entrevistas fueron más espaciadas y sus conversaciones telefónicas fueron menos.

Uno de aquellos días, la señora Hilton le había invitado a cenar y él había aceptado la invitación, accediendo también al ruego de que acompañase a Bárbara. Ésta, advertida por la señora Hilton esperó que llegase la hora de que viniera Dimitri a buscarla y, viendo que éste no lo hacía, decidió ir a buscarlo a su casa. Estaba segura de que no eran las ocupaciones lo que le alejaban de él, que había algo oculto en aquella actitud y quería saber qué es lo que era.

Cuando llegó a casa de Dimitri, encontró a éste tocando el piano en compañía de Lun Sing, y al verla entrar, corrió a su encuentro. Los dos jóvenes quedaron frente a frente. Con las manos entrelazadas no sabían separarse, mientras que el diplomático los observaba y se daba cuenta de la gran pasión que anidaba en los corazones de los dos jóvenes.

Por fin, Dimitri, la hizo pasar y le presentó a Lun Sing, diciéndole:

—¿Me permite que le presente a Su Excelencia Lun Sing?

Lun Sing la hizo una profunda reverencia, al mismo tiempo que la decía:

—Es para mí un altísimo honor.

—¿Gusta de acompañarnos?— le preguntó Dimitri.

Lun Sing, al ver que la joven no se decidía por nada, comprendió que su presencia era en aquellos momentos molesta y, como buen diplomático, encontró la forma de dejarlos solos, diciéndole:

—A este líquido oscuro, yo no lo llamo café. Tu criado no sabe hacerlo. Permíteme que haga una buena taza de café para miss Howard.

Salió dejando a los dos jóvenes solos, y Dimitri la invitó a sentarse, mas ella rehusó el ofrecimiento, diciéndole ofendida:

—Muchas gracias... Tengo prisa. Vine solamente a saber si estaba enfermo. Ya veo que no, y me alegro... Voy a cenar con los Hilton.

Dimitri comprendía la intención irónica de la joven. ¿Mas cómo podía decirle él la verdadera causa de no haberla ido a buscar? Bárbara, dejándose llevar por su amor propio, siguió diciéndole en el mismo tono:

—Yo creía que usted me acompañaría.

—¡Cuánto lo siento, Bárbara!— exclamó Dimitri—. ¿Qué pensarán usted y la señora Hilton de mí?

Bárbara le miró fijamente y, silbando sus palabras como si pasasen por sus dientes apretados, le respondió:

—A un hombre ambicioso como usted, poco puede importarle lo que piense la señora Hilton o Bárbara, la cuestión es satisfacer su ambición. Para usted lo único importante es que nada ni nadie se oponga en su camino. El poder es su diosa... Ahora, que le advierto que es una diosa muy celosa, ríndale culto y no le falla-

rá, pero si ama a otra cosa, no tendrá piedad de usted.

Y viendo que él no decía nada, intentó marcharse diciéndole, a la vez que extendía la mano:

—Encantada de verlo, Dimitri Koslow.

—Le ruego que me disculpe con los Hilton.

—Descuide, que procuraré dejarle en mejor lugar que usted lo ha hecho conmigo — respondió ella, haciendo esfuerzos por no llorar.

Dimitri vió brillar aquellas lágrimas en sus ojos, y ya no pudo resistir más tiempo. Fué algo tan ajeno a su voluntad, que ni él mismo lo hubiera sospechado. Pero, de pronto, atrajo contra su pecho a la joven, la abrazó amorosamente y sus labios buscaron sedientos de amor los de ella que supo responder a aquella caricia con toda la gran ilusión de su corazón enamorado.

En aquel preciso momento, fué cuando apareció de nuevo Lun Sing, y al advertir la confusión de la joven por haberla sorprendido en aquella actitud, intentó tranquilizarla diciéndole:

—Señora mía, lo primero que aprende un diplomático es ser discreto.

Pero Bárbara, desde el primer

momento, presintió que tenía un enemigo en aquel hombre. Sin una razón que se lo aconsejase, desde el primer instante creyó que debía ponerse en guardia contra él y le respondió altiva, como dándole a entender que no aceptaba su discreción, ni tenía de que ocultarse.

—Sé muy poco de diplomacia y no necesito discreción alguna.

Se volvió a Dimitri y, volviéndole a abrazar, le dijo visiblemente emocionada:

—Buenas noches, Dimitri... ¡Te quiero!

—¡Y yo a ti!—exclamó él, sujetándola fuertemente.

—Eso es lo único que me interesaba saber—replicó ella—. Ahora que soy dichosa me voy a soñar con mi amor.

Salió de la casa, dejando nuevamente solos a Dimitri y a Lun Sing, quien, después de unos segundos de cavilación, murmuró:

—Dios cortó a todas las mujeres por el mismo patrón.

—¿Cómo?—preguntó Dimitri, sin comprender las palabras de su amigo.

—Quiero decir que ahora es cuando corres el peligro más grande de tu vida. ¿Qué piensas hacer?

—No puedo resistir más—res-

pondió Dimitri—. La adoro y sólo con ella puedo ser feliz.

—¿Piensas casarte?

—Sí—exclamó Dimitri.

Lun Sing dejó la taza de café que sostenía con ambas manos y, mirando fijamente al joven, le aconsejó:

—Debes decírselo antes.

—Se lo diré. Bárbara no es como las demás... Ella sabe comprender y su amor la hará olvidar mi origen.

—¿Lo crees así?... Yo lo dudo... Quisiera poderlo comprobar.

—¿Quiere usted pruebas?—preguntó Dimitri seguro del amor de Bárbara—. Pues las tendrá.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó un poco intranquilo el diplomático.

—Decirle quién soy.

—¿Te atreverás a ello?—preguntó Lun Sing.

—Usted mismo lo ha de ver—terminó diciéndole Dimitri.

Y pasaron días de una felicidad suprema para los dos, días de dicha que jamás hubieran ellos podido soñar, durante los cuales pudieron darse cuenta de que las vidas de ambos estaban trazadas bajo el mismo signo del Destino. Durante todo este tiempo, Dimitri jamás le habló de su

origen, no quiso enturbiar aquellas horas con la preocupación de algo que él estaba seguro de que llegaría, pero que esperaba hacerle ante todo el mundo, para que delante de todos Bárbara lo rechazase o lo admitiese tal y como era. No quería que la explicación pudiera quedar oculta en la intimidad de los dos, sino que quería que ella le demostrase su amor ante todos o lo rechazase ante la misma sociedad. ¿Qué le importaba todo lo demás? Ni su poder, ni su riqueza, ni su propia vida tenía valor para compararlo con el que tenía su amor.

Dispuesto a conseguir su amor para siempre o a perderlo, Dimitri tuvo la fuerza suficiente para someterse a la prueba. Mas la prueba la quería hacer ante todos aquellos amigos de Bárbara que tanto despreciaban a los que habían nacido como él de los amores de dos seres de diferentes razas y, para llevar a cabo su pensamiento, no ideó mejor medio que ofrecer una fiesta en su casa.

Se trataba de un baile de trajes y al que concurría lo mejor de la sociedad que trataba en aquel entonces Dimitri.

Bárbara había elegido para presentarse en la fiesta un traje de princesa manchú y Dimitri un

traje de conductor de rickshaw.

Bárbara, con el vestido oriental, se hallaba aún más bella de lo que era en sí y Tonny al verla entrar se acercó a ella para saludarla y decirla:

—Bárbara, estás hermosísima. Tus ojos son dos diamantes, tus dientes, perlas... ¿Quieres casarte conmigo?

Ello le miró riendo, y bromeando con él le dijo:

—Imposible, Tonny; ahora soy princesa.

Bárbara seguía recibiendo felicitaciones de todos los que se hallaban en la fiesta, por el gusto que había tenido en el disfraz; y su tía, orgullosa de ella, no pudo menos que preguntarle a Lun Sing, que nerviosamente asistía a la reunión:

—¿Verdad que es hermosa?

Lun Sing hizo un gesto de extremada cortesía y la respondió:

—Miss Bárbara es mucho más que hermosa, es ideal.

Constance sintió aún más orgullo por ser la tía de la joven, mientras que Dimitri se acercaba a Bárbara y le decía emocionado, al verla vestida de aquella forma:

—Bien mío, creí que no vendrías. ¡Estás divina!

La joven sonrió satisfecha de

las palabras cariñosas de su novio, puesto que desde hacía días que lo eran, y le respondió alegremente:

—Me alegro de haber venido, para oírte decir esto.

—¿Me amas mucho?—le preguntó él.

—Muchísimo, como jamás hubiera sospechado que se pudiera amar — respondió sinceramente ella.

—¿Y olvidarías mi amor por algo que hubiese en mí?... ¿Por mi pasado?

Ella le cogió del brazo y mientras caminaban por la amplia sala le respondió:

—El pasado tuyo no me pertenece. Yo sólo quiero tu porvenir. ¿Qué me importa lo que fuiste? Te amé desde el primer día sin pensar en lo que hubieras sido, ni en lo que pudieras llegar a ser. El amor no se fija en eso, ama y nada más.

Aquellas palabras daban mayor fuerza a Dimitri para llevar a la práctica lo que había pensado, y respondió:

—Dios quiera que siempre pienses así...

—¿Y por qué no he de pensar siempre igual?—preguntó ella—. Pareces enigmático... ¿Qué te sucede?

—Nada — le respondió Dimitri—. ¿Vamos a bailar?

Se dejó ella conducir por él al centro de la sala y al abrazarse para bailar, les pareció que sus corazones latían con más fuerza al aproximarse el uno al otro.

La fiesta iba resultando magnífica. Todos los invitados la elogiaban a más no poder y hasta los enemigos financieros de Dimitri no podían menos que rendirse a la evidencia.

Cuando ya llevaba algunos bailes, Dimitri llamó a uno de sus criados y le dió la orden de empezar a servir el lunch.

—Les ruego que se sienten donde gusten... no hay mesas de honor... todas lo son.

Se llenaron las copas y Dimitri levantó la suya para brindar diciendo:

—Esta fiesta es en honor de dos mujeres. Las dos únicas mujeres que tienen valor en mi vida... a las únicas que he amado.

Todos los invitados escuchaban con interés las palabras de Dimitri, que continuó diciéndoles:

—Una de ellas está aquí—. Y miró hacia Bárbara—. La otra sólo está en el recuerdo. Pero, ya que no en cuerpo, la tenemos en retrato—. Señaló hacia el retrato

de la princesa manchú y continuó:— Mi querida madre.

—¿Su madre?—preguntó extrañada la tía de Bárbara.

—Mi madre, sí—afirmó él—. Una princesa manchú que consintió en casarse con mi padre que no era más que un general ruso.

La señora Hilton dejó su copa sobre la mesilla que había junto a ella y preguntó nerviosamente:

—¿Luego usted es... eurasio?

—Usted lo ha dicho, señora—respondió con firmeza Dimitri—. No tengo por que ocultar a nadie mi origen.

Aquellas palabras produjeron un efecto mágico en cuantos se hallaban reunidos. La primera que abandonó la fiesta fué la señora Hilton, y detrás de ella fueron desfilando todos los invitados, como si su permanencia allí fuera suficientemente para deshonrarlos. La única que quedó fué Bárbara. Su mano sujetaba nerviosamente la copa que le había ofrecido el mismo Dimitri y miraba temblorosamente hacia el retrato de la madre de Dimitri.

Mentalmente se repetía aquella palabra que tanto desprecio producía en los demás. «¡Eurasio!...» «Él era eurasio».

Dimitri la miraba atentamente.

De lo que ella hiciese, de su actuación dependía toda su vida futura. Latía su corazón con un ritmo acelerado y aquel hombre que había demostrado tanta sangre fría en los negocios más aventurados, se hallaba en un estado de excitación que difícilmente hubiera sido posible encontrar la comparación.

Bárbara seguía con la copa en alto. Luchaba en aquellos momentos con su amor y con las conveniencias sociales. Era una lucha tremenda y que como tal tenía que resolverse rápidamente. Pensó en los suyos, en la soledad que la habían dejado allí, antes que permanecer al lado de Dimitri y al fin, penosamente, como quien realiza un enorme sacrificio, fué bajando el brazo hasta dejar la copa sobre su mesa y abandonar la sala, seguida de la mirada llorosa de Dimitri.

Lun Sing esperó unos minutos para que se rehiciera Dimitri de su dolorosa impresión y cuando le creyó tranquilo se acercó a él y le preguntó emocionado:

—¿Estás satisfecho de lo que has hecho?

—Completamente — exclamó Dimitri —. Usted también lo debe estar.

—No lo estoy — le contestó el

diplomático, que era un hombre que medía sus acciones mucho, antes de ponerlas en práctica—. Yo no creo en heroísmos. Te aconsejé que le advirtieses a Miss Howard, por tu propio bien, pero pregonarlo delante de todos era innecesario y de un gusto algo dudoso.

—Tenía que hacerlo—exclamó Dimitri, encogiéndose de hombros, como dándole a entender que la opinión de los demás poco le importaba y que sólo quería saber la de Bárbara—. Estoy harto de fingimientos...

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Nada—replicó Dimitri—. Si el mundo me acepta como soy, bien, si no... me marcharé.

Lun Sing le puso una mano sobre el hombro tratando de aplacar, y le dijo:

—Eso no lo dices de veras. Mañana mismo tienes que afrontar a tus enemigos. Si no estuvieses tú allí, votarían en contra tuya... y eso sería tu fin.

Dimitri volvió a encogerse de hombros y exclamó:

—Mañana estaré donde nadie lo sepa. Deje que voten... Yo no me opondré.

Lun Sing intentó nuevamente oponerse a aquella marcha, y le dijo:

—Déjame convencerte, Dimitri.

—Ya me ha convencido—suspiró tristemente Dimitri—. No soy fuerte como creía. La fuerte es ella... Idolatré el poder y lo tuve, ahora no lo quiero... si no la tengo a ella...

Le tendió la mano al diplo-

mático y se despidió de él diciéndole:

—Adiós, Excelencia... Despidame de Shanghai.

Salió el diplomático y Dimitri llamó a un criado diciéndole:

—El coche... Prepara una maleta... Salgo de viaje.

LA REVELACION

De sobras sabía Lun Sing lo que le había querido decir Dimitri, al decirle que lo despidiera de Shanghai y al día siguiente, por la tarde, se fué a ver a Miss Bárbara. Encontró a la joven en un estado de nerviosidad grande y al verlo a él corrió a su encuentro diciéndole:

—Gracias por haber venido.

Lun Sing adivinó en el rostro de la joven el sufrimiento de ésta y empezó diciéndole:

—Siento mucho su pena, pero era necesaria... Usted tenía derecho a saber la verdad.

—Lleve usted razón—exclamó la joven—; pero a lo que no tenía derecho es hacer lo que hice.

Se llevó las manos a la cara

para ocultar el llanto y prosiguió diciéndole:

—¡Cuánto me despreciará Dimitri!... ¡Qué amor es el mío, que a la primera prueba no supe resistir?... ¡Ah!, pero yo le demostraré que le amo. Iré a su casa y me arrodillaré ante él, hasta que me perdone, hasta que crea en mi amor.

—Será difícil—respondió Lun Sing.

Ella le miró asustada y el diplomático continuó diciendo—: Me encargó que viniera a despedirle en su nombre.

—¿Se ha marchado?—preguntó la joven asustada—. ¿Dónde?

—No me lo dijo, pero lo sospecho. Dimitri tiene una finca al

otro lado norte del río. Es una casa de reposo, absolutamente tranquila, hasta donde no llegan los prejuicios de la sociedad.

—Pues iré allí, iré hasta el fin del mundo si es preciso.

—Le será muy difícil—le aconsejó bondadosamente el diplomático—. Remontar el río es algo peligroso y solamente de esa forma, no conociendo el otro camino, se puede ir.

Bárbara se encogió de hombros, como indicándole que poco le importaban los peligros con tal de poder conseguir nuevamente el amor del hombre a quien adoraba, y el diplomático salió de la casa de ella, seguro de que la joven no conseguiría su propósito de llegar hasta donde él estaba.

Bárbara expuso a su tía el pensamiento que abrigaba y Constance intentó oponerse al deseo de la joven. Fueron inútiles todos los razonamientos que su tía la hizo, puesto que por encima de todos ellos estaba el gran amor que sentía por Dimitri y al fin, Constance, sometida a su sobrina, terminó diciéndole:

—¿Quieres ser razonable?

—¿No lo fui demasiado, ayer?

—¿Pero tú crees que debes hacer eso? ¡Cazar así a un hombre!... ¿No tienes amor propio?

—En esto—respondió decidida—no tengo ninguno. Es otro amor el que yo tengo. Sé dónde está y voy a buscarle.

La tía de Bárbara requirió la presencia de Tonny para que la ayudase a hacer desistir a su sobrina de lo que pensaba hacer y el joven, al ver el peligro que corría, sólo supo ofrecerse diciéndole a la muchacha:

—Te acompañaré... Es muy peligroso ir donde está... Hay muchos bandidos por el camino.

—No te necesito—le contestó ella.

En un momento hizo las maletas, y al poco rato, salió con ellas diciéndole al criado:

—Lleve las maletas abajo.

Pero Corona, la fiel criada, se interpuso y, tomando las maletas de su ama, exclamó:

—Las llevaré yo.

—¿A dónde vas tú?—le preguntó Constance.

—Con mi bebé—respondió la negra sin dudar siquiera la respuesta.

—No, Corona, no puedes dejar a Constance. Ella te necesita.

—No—exclamó la criada—. La que me necesita es usted... Desconoce el país y ni siquiera entiende el chino.

La tía se humanizó finalmente,

Se dió cuenta de que su sobrina iba con un abrigo de paño que no servía para el frío que hacía en aquel tiempo y le dijo a la criada:

—Trae mi abrigo de pieles... Llévatelo, porque si no, te vas a helar de frío.

Una hora después, criada y ama remontaban el río hacia la finca donde se hallaba Dimitri. El barco subía lentamente la corriente y a cada instante la navegación se hacía más difícil, hasta que llegó un momento en que el capitán entró a verla y la dijo:

Señora, no podemos continuar... No hay bastante agua en el río... Si toma un junco, dentro de poco podrá remontarlo.

Y en efecto, media hora después viajaban en un junco tirado por dos docenas de indígenas amarados a él como si fueran bestias.

Bárbara los contempló dolorosamente y no pudo menos que dolerse de su situación diciendo:

—¡Pobre gente! Horas y horas así, sin exhalar una queja...

Corona no sentía la misma opinión que su ama y no pudo menos que decirle:

—Será mejor que se preocupe de usted... Esos hombres son unos

cretinos—. Y ante la mirada interrogativa de Bárbara, continuó diciendo—: Sí, cretinos, hombres sin inteligencia. Si la tuviesen no estarían aquí.

—Tampoco estaría yo —exclamó Bárbara recriminándose a sí misma.

Sintió frío y le dijo a su criada:

—Corona, dame el abrigo.

Al poco rato se sintió más reconfortada con la prenda puesta, y poco después se apercibió de que el junco no andaba, y le dijo a Corona:

—Han parado... ¿Qué pasará? Averígualo.

Corona se puso a hablar con los indígenas y a poco se volvió a su ama, diciendo:

—Han parado y dicen que no pueden continuar.

—Ofréceles más dinero.

—¿De dónde lo sacaré? Se lo hemos dado todo al subir al junco.

Entonces Bárbara tuvo una idea. Ya que no tenía dinero, les ofrecería algo que para ellos tenía un gran valor, el abrigo que le había regalado su tía. Y, sin pensarlo un instante más, se lo quitó y se lo entregó diciéndoles:

—Para vosotros, si continuáis.

La prenda hizo el efecto desea-

do, y segundos después la embarcación siguió su marcha penosamente hacia el lugar a donde estaba la casa de Dimitri.

Tal y como había supuesto Lun Sing, Dimitri había ido a cobijar su dolor en aquel bello retiro. Cuanto le rodeaba servía para hacerle más llevadera la pena que le atormentaba. La belleza del paisaje era de un esplendor inusitado y parecía un sitio creado por un hada milagrosa como nido dorado para un idilio de amor.

Allí permanecía encerrado Dimitri, cuando uno de sus criados entró precipitadamente anunciándole:

—¡Vienen dos señoras, mi amo!

El corazón le dijo que era ella. ¿Quién si no, podía ir a buscarle? Corrió a su encuentro y, al ver a Bárbara, la estrechó fuertemente contra su pecho, mientras la joven le decía sollozando:

—Otra vez que te vayas, déjame tus señas... ¡Qué apuros, para venir hasta aquí!

—¿Cómo has podido venir por el río?—preguntó él extrañado.

—Una verdadera aventura—le dijo ella—. Pero ya que estoy aquí, terminaré mi viaje mientras me quede fuerza... Tenía

que decirte algo muy importante.

Corona se había marchado con el criado de Dimitri, y Bárbara, sin testigo alguno, continuó diciéndole:

—La revelación tuya me aturdió... Yo creía que era tolerante, pero me porté tan estúpidamente como los demás. —Se puso a llorar y siguió diciéndole—: Me odio a mí misma.

Dimitri la miraba conmovido. No era, no podía ser falso un amor como aquel de Bárbara, que tan plenamente se demostraba. Un amor que sabía imponerse a todos los convencionalismos sociales y no pensar más que en el ser amado.

Dimitri procuró apaciguarla, diciéndole cariñoso:

—Mientras ese odio no sea contra mí...

—¿Contra ti? —exclamó ella levantando los ojos empañados por las lágrimas—. ¿Qué has hecho tú para merecerlo?... Acaso debo odiar al hombre que amo, por algo que es inevitable y ajeno a su voluntad? ¿Qué culpa tienes tú de ello? Incluso he llegado a pensar que soy poco para ti. —Y como él la mirase extrañado, ella le explicó—: ¡Tu madre era princesa!...

Durante unos minutos queda-

ron los dos en silencio, unidos por aquel abrazo de infinito amor, y hasta ellos llegó el dulce eco de una dulzaina que hizo preguntar a Bárbara:

—¿Qué música es esa?

Él sonrió ante la ingenuidad de aquella pregunta y le respondió:

—Es el pastorcillo que ahuyenta a los malos espíritus con su pifano.

—¿Pero aquí puede haber malos espíritus, en este cielo, en esta paz en donde parece que el mundo no existiese?

—Pues existe—replicó Dimitri pesadoso—. Existe mi vida y es preciso que lo reconozcamos.

—Conforme—exclamó ella vehementemente—. Pero me importa poco esa vida. Lo primero que haremos será casarnos... Viviremos felices eternamente en Shanghai...

—¡No!—exclamó él interrumpiéndola—. De Shanghai no quiero ni acordarme... Pasó a la historia...

—Pues iremos a otro sitio... El mundo es grande.

—Sí—le dijo él sentenciosamente—. El mundo es grande, pero todo él está lleno de prejuicios. Donde quiera que vayamos hallaremos seres iguales a los Hiltons y Truesdales... Sus

nombres cambiarán, pero no sus pensamientos... Todo el mundo está lleno de ellos.

Mas Bárbara consiguió tranquilizarlo diciéndole, cada vez más amorosa:

—¿Qué me importa a mí el mundo? Para mí el mundo se condensa en dos nombres «Dimitri Koslow».

Era aquella tanta felicidad, que Dimitri sentía miedo de ella. Temía que Bárbara fuese víctima de un arrebató sentimental, y se lo advirtió diciéndole:

—Nos casaremos, pero antes ten seguridad de tu amor... Una equivocación sería fatal para los dos.

—¿Se equivocaron tus padres? —le preguntó ella mimosamente.

—No—exclamó Dimitri convencido de lo que decía—. Fueron felices como nadie.

—Pues ¿por qué no hemos de serlo nosotros? No hablemos más de ello, nos casaremos al llegar a Shanghai.

Y durante todo el resto de la noche, los dos enamorados siguieron hablando de sus dorados proyectos matrimoniales, de aquella felicidad que tan segura tenían y que no dejarían escapar más en la vida. Sus corazones, llenos de esperanzas, sonreían a un

porvenir iluminado de irradiaciones venturosas y cabalgaban sobre la fantasía quimérica de proyectos que una vez realizados los harían los seres más dichosos de la tierra.

Al día siguiente, Dimitri fué a ver al diplomático. Comprendía que sus intereses estaban comprometidos por la declaración que hiciera, y así mismo se lo dijo Lun Sing. Pero en aquellos momentos, Dimitri era la encarnación del optimismo. Amaba y era amado, y para los enamorados no hay obstáculo grande que no parezca de facilísima realización. Por ello, al darle cuenta el diplomático del peligro que corría, exclamó convencido de su potencia:

—¿Qué me importa? Si es preciso comenzar, comenzaré de nuevo, como antes.

—Es que antes eras solo—le advirtió Lun Sing.

—Por eso mismo me creo con más fuerzas que antes—insistió Dimitri—. Antes luché por mí mismo, no tenía otro afán que el de conseguir el poder para vencer a mis enemigos... Ahora es diferente.

Hablaba con toda la vehemencia de su juventud, con toda la fuerza de un corazón enamorado

que se cree capaz de las mayores empresas, si tras el logro de aquellas está como premio el amor de la mujer adorada. De sobras sabía Dimitri que la lucha sería dura, que el volver a empezar sería, quizás, más difícil que el comienzo primitivo, pero ahora tendría un consuelo que antes no había tenido, ahora tendría la seguridad de que en su trabajo se vería acompañado por el aliento de una mujer amorosa y comprensiva que lo había desafiado todo a su amor.

Lung Sing le dejaba hablar sin querer interrumpirlo. De sobra sabía él, por su experiencia, que al desbordamiento de la juventud es imposible ponerle barreras y en su mente se reproducía nuevamente el suceso de su hermana cuando se enamoró del padre de Dimitri. ¿Sería aquella la ocasión de decirle al joven el parentesco que los unía? Pero se acordó del juramento prestado a su hermana en el que le prometió jamás revelar a Dimitri que era tío suyo, para no dificultarle la vida y siguió en silencio, mientras que Dimitri le seguía diciendo.

—No me importa el trabajo ni la lucha, Excelencia. De sobras sabéis que soy hombre capaz de

conseguir todo lo que me propongo y si mis enemigos quieren anularme, puede ser que la partida les salga fallida y sean ellos los que tengan que volver nuevamente a mí a pedirme ayuda.

—Es que ahora no es lo mismo que antes—le advirtió Lun Sing.

—¿Por qué?

—Porque el comienzo es distinto.

—¿Cuál es la diferencia?

—Antes nadie sabía tu origen. Todos te creían ruso, y por lo mismo no se apartaban de ti. Eras uno de ellos y los negocios con un ruso jamás estuvieron prohibidos, jamás causó esa repulsión que causan los que, como tú, son de dos razas distintas.

Pero ni aun aquella consideración sirvió para restar arrestos al joven. Estaba seguro de sí mismo y esta seguridad le hizo contestar:

—Eso es una injusticia de los hombres. Alguien tiene que ser el primero en deshacerla, en hacerles comprender que somos hombres como ellos y que tenemos los mismos sentimientos, los mismos deberes y se nos deben los mismos respetos. Nadie ha querido hasta hoy imponerse esa dura

prueba, esa dura obligación, y ese seré yo mismo.

Lun Sing sonrió de aquella forma bondadosa que solía hacerlo cuando no estaba conforme con el pensamiento de él y respondió reposadamente:

—¿Y tú crees que podrás conseguirlo?

—Lo creo.

—Pues yo no—respondió categóricamente el diplomático.

Ante aquella negativa tan rotunda Dimitri se le quedó mirando sin poder comprender en qué la basaba y Lun Sing continuó diciendo:

—Para vencer en una empresa como esa te había yo elegido. Te creí capaz de realizarla, pero ahora veo que no.

Dimitri expresó una mayor sorpresa por aquellas palabras y el diplomático volvió a decirle:

—Para conseguir eso, estabas bien preparado, eras un hombre libre y podías luchar sin que nada te lo impidiese. Ahora ya eres distinto. Antes no tenías más que un solo pensamiento: el salir triunfante en tus negocios; no tenías a nadie que te lo impidiera, pero ahora ya tienes una persona a tu lado que te robará el tiempo que necesitas para trabajar... Cuando me enteré que estabas

enamorado comprendí que todo tu esfuerzo había sido inútil y sentí una gran compasión de ti... Por eso fué mi deseo de que le confesases a ella, pero a ella solamente, tu origen, para que al verte rechazado fuera mayor en ti el deseo de vengar a tu raza y lo lograras con mayor facilidad todavía.

—¡Y lo lograré!—exclamó pleno de convencimiento el joven—. Creo en mí y en ella.

—¿Y crees que de esa forma la harías feliz? ¿No piensas que sienta miedo ante el porvenir que le presentas?

—No tengo miedo, ni ella tampoco. Sabremos luchar sin asustarnos de nada.

Lun Sing sonrió bondadosamente. Interiormente comprendía el gran error de Dimitri si persistía en su idea de casarse con aquella mujer, y exclamó:

—Sólo los locos no tienen miedo.

—¿Lo tuvieron acaso mis padres?

—No—confesó Lun Sing—. Ellos afrontaron el mundo como tú y ella, jóvenes y enamorados... Pero el mundo no les dió más que humillaciones y muerte.

Dimitri miró estupefacto a su amigo. No comprendía lo que

quería decir con todo aquello y al fin se lo expresó diciéndole:

—No comprendo lo que quiere decirme...

Lun Sing se decidió, al fin, a decirle toda la verdad sobre la muerte de su madre y comenzó preguntándole:

—¿Crees que tu madre murió de muerte natural?

—Sí—respondió el joven—. Siempre lo creí así. Mi mismo padre me refirió muchas veces su muerte y el dolor que le causó.

Te mintió compasivamente, para que no supieras la verdad.

Dimitri quedó anonadado ante aquella declaración y el diplomático siguió diciendo:

—Tu madre no murió como te hicieron creer... Te dió la vida y antes que nublarla de dolor, como le sucedió a tu padre... se mató.

—¿Nublarme la vida?—preguntó—. No comprendo.

—¿Hubieras renunciado tú alguna vez a tu madre, por ser de raza distinta a la de tu padre, a una raza que los hace pasar a los ojos de los demás como inferior?

—¡Nunca!—respondió con decisión él.

—Pues por eso se mató. De vivir ella, su sola presencia hubiera sido una acusación constante

para ti... Ella habría pregonado siempre tu origen, ese origen que has tenido oculto hasta ahora y que ha sido causa de que te despreciaran todos. Tu madre, antes que consentir que el desprecio de los demás cayera sobre ti, puso fin a su vida para evitarte ese dolor. Quiso que fueras de la misma raza de tu padre, ya que tus rasgos físicos te daban derecho a ello, y la única forma de poder ocultar tu origen era el que ella desapareciese, o que tú renunciases a ella. Antes que lo segundo, prefirió lo primero y por eso se mató.

Dimitri ocultó el rostro en sus manos y por unos segundos sintió que las lágrimas humedecían sus ojos. Era verdad lo que le decía el diplomático, y el problema ya no consistía en que Bárbara le amase y él a ella. Era el problema lo que los demás pensasen de ellos.

Lun Sing siguió diciéndole con tono paternal:

—¿Sabes tú lo que haría Bárbara si vuestros hijos, retrocediesen a una pasada generación, y sus rasgos fueran los de tu madre?... ¿Te perdonarían nunca el daño que les habrías hecho, sólo por satisfacer tu amor?... ¿Teneis alguno de los dos derecho,

acaso, a crear seres que han de ser luego expulsados de la sociedad, como si fueran leprosos, seres a quienes nadie quiere otorgarles el derecho de una igualdad de raza?

Era verdad, pensaba Dimitri. Todo aquello era cierto. Ni él ni Bárbara tenían derecho a ello, no podían crear aquellos hijos que más tarde podrían maldecir a quienes les dió el ser. Era un problema que se planteaba ante ellos, en el que nada figuraba el amor. Era un problema social, y este problema no podía ser resuelto por ellos. Su amor les daba derecho a disponer de sus vidas, pero no de las futuras que pudieran crear.

Preso en este pensamiento, volvió de nuevo a donde le esperaba Bárbara. La alegría que le había embargado al ir a la ciudad, había desaparecido después de aquella entrevista con Lun Sing. Su convencimiento era pleno acerca de la razón que tenía su gran amigo al aconsejarle de aquella manera, y en cuanto estuvo en presencia de la joven, ésta advirtió algo en él que la hizo preguntar:

—¿Qué te pasa, Dimitri?

Dimitri calló. No se sentía con fuerzas suficientes para decirle

toda la amarga verdad, para decirle que aquel casamiento que habían ideado era irrealizable, y Bárbara, mimosamente y queriendo disipar el estado taciturno en que se encontraba, volvió a decirle:

—¿Secretos, tan pronto?

Dimitri se armó de valor y comenzó diciéndole:

—He estado hablando con Su Excelencia.

La muchacha sonrió bondadosamente y le preguntó, presintiendo que de aquella conversación se derivaba el estado de Dimitri:

—¿Qué dijo nuestro enemigo?

—No es nuestro enemigo, Bárbara—protestó él—. Es un gran amigo nuestro.

—Bueno, sea como tu dices, pero ¿qué es lo que él te ha dicho?

—Bárbara—le respondió Dimitri cogiéndole las manos cariñosamente—. Te dije que todo lo había perdido y no es verdad. Puedo volver a ser una fuerza en Shanghai. Necesito todo el apoyo imaginable... Si supiese que casándome contigo podía beneficiarte lo haría hoy mismo, pero eso es imposible... Serías un obstáculo constante en mi camino y yo en el tuyo... Nos hemos equivocado.

Bárbara le miró extrañada. Ella

no podía comprender el verdadero sentido de aquellas palabras y le preguntó:

—¿Te has arrepentido?

—No me arrepiento... Pero no quiero repetir el error de mis padres.

—Dimitri—suspiró ella—dime la verdad—. Por dura que sea, dímelas.

—La verdad es, Bárbara, que te adoro—le confesó él—. Pero he de decirte algo que es mayor que el amor... Toda mi vida acaricié la ilusión de que mis padres habían sido felices... No lo fueron, como tampoco lo seríamos nosotros... Mi madre, a quien no conocí, me acaban de decir que dió su vida por dos seres amados... Se suicidó...

Bárbara retrocedió asustada ante aquella declaración y Dimitri siguió diciéndole:

—Perdóname por lo que te he hecho... Pero comprende la razón y comprende también el dolor de que está embargada mi alma.

Bárbara quedó unos segundos pensativa. Todo lo que pudiera decirle Dimitri lo comprendía ella también y se acercó a él, le estrechó amorosamente en sus brazos y le respondió:

—¿Que te perdone? ¿A ti que me has hecho conocer la verdadera felicidad? ¿Acaso puedo perdonarte esto? Te quiero como nunca creí querer a nadie, pero ahora lo comprendo todo.

—¿No me olvidarás?—preguntó Dimitri haciendo más fuerte el abrazo en que la tenía sujeta.

Bárbara suspiró tristemente al ver lo imposible que era la realización de aquel amor y respondió:

—Nunca podré olvidarte y te querré siempre.

Y Dimitri, como si hablara con algo invisible, pero que existía, terminó diciéndole, antes de separarse de aquel abrazo que tal vez sería el último que le daría:

—Llegará un día en que no

existirán prejuicios ni convencionalismos, un día en que se juzgará a los seres, no por su color, sino por sus méritos... Tardará mucho en llegar ese día, pero al fin la justicia se impondrá y este amor que nosotros no podemos convertir en realidad, lo serán para otros menos desgraciados que nosotros...

Y mientras que el sol iba escondiéndose en el ocaso, Bárbara partía de allí, para volver nuevamente a Shangai y de allí a América, llevando clavada en su corazón, como una espina punzante, la injusticia de una sociedad incomprensiva y llena de prejuicios, que no sabía obedecer más que a la razón de unos principios arcaicos y crueles.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NÚMERO:

FORMIDABLE ACONTECIMIENTO

La grandiosa superproducción nacional

Rinconcito madrileño

Un girón palpitante de la vida de los humildes vecinos de Madrid, cuya tragedia ahoga el lujo de las vías céntricas, bien ajenas a que a pocos pasos de su esplendor y bullicio, sufren y callan seres merecedores de mejor fortuna.

Creación de los famosos artistas españoles

PEPITA C. VELAZQUEZ
ANA LEYVA
MARIA CAÑETE
RODRIGUEZ DE LA VEGA

Exclusivas
D I A N A

PRONTO:

ADAN SIN EVA

Por el ídolo del bello sexo
ROBERT MONTGOMERY

y la espiritual
MYRNA LOY

Superproducción
METRO GOLDWYN MAYER

CANCIONERO

(El primero en su género
y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 30 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentina
Azucena Maizani
Goyita Herrero
Inesita Pena
Carlos Gardel
Agustín Irusta
Irusta, Fugazot, Demare
Eduardo Bianco
Giliberti
Mario Visconti
De Val
Magaldi, Noda
Tania-Discépolo
Fco. Spaventa

FILMS SONOROS

Jeanette Mac. Donald
Lilián Harvey
Marlene Dietrich
Janet Gaynor
Meg Lemonnier
Carmelita Auber
Mis Voz 1935
Isabelita Pradas
Maurice Chevalier
Jean Kiepura
José Mojica
Roberto Rey
Charles Farrell
Henry Garat

TIPLES

Enriqueta Serrano
María Espinalt

TENORES

Hipólito Lázaro
Miguel Flea
Emilio Vendrell
Tino Folgar
Juan García

BARITONOS

Emilio Sagi-Barba
Marcos Redondo
Eduardo Brito
Pablo Hertogg

BAJOS

Pablo Gorgé

VEDETTES DE REVISTA

Celia Gámez
Olvido Rodríguez
Margarita Carbajal
Laura Pinillos
Conchita de Leonardo

EXCENTRICOS

Blanca Negri
Ramper
Alady
Lepe

TONADILLERAS Y CUPLETISTAS

Raquel Meller
Carmen Flores
Mercedes Serós
Elvira de Amaya
Luisita Esteso
Conchita Piquer
Estrellita Castro
«La Yankee»

CANTE JONDO

Pastora Imperio
La copla andaluza
Custodia Romero
«Argentinita»
Rosarito de Triana
Conchita Martínez
Niña de Linares
Lola Cabello
Niño de Marchena
Angelillo

Canalejas

Guerrita
Niño de Talavera
El Americano
Niño de Utrera
Miguel de Molina

JOTAS ARAGONESAS

Felisa Galé

RUMBAS Y CANTOS CUBANOS

Josefina Baker
Elsie Bayrón
Alberto II Ribera

CANCIONES MEJICANAS

Lupe Rivas Cacho

CANCIONES AMERICANAS Y DE JAZZ

Trini Moren
Steffi Duna y
Don Alvarado
Celeste Grijó

ORQUESTAS

Orquestina Planas

CANCIONES FRIVOLAS

(No aptas para señoras)

Olimpia de Córdoba
La Fornarina

IMITADORES DE ESTRELLAS

Vianor
Bertini

PEDIDOS A Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis



Propaganda

Precio: 1'25 pta.